EL IMPERIO DEL FIN DEL MUNDO: Trilogía

Carmen Amorín Ledo



Crueles son las palabras que encierran a la mujer en un concepto equivocado.

Desde la creación, la mirada del mundo, el poder, todoa estado regido por una sociedad patriarcal, que ve en el macho, a un ser superior, dejando a la hembra como artífice de todos los males

Silenciada durante siglos, se redujo a un útero, una esclava, un objeto más que poseer.

¿Y si la creadora del universo hubiese sido mujer? ¿Cómo se hubiesen establecido las relaciones de poderes?

Dedico este universo femenino, a mis hijas Virginia y Camila, mujeres valientes y empoderadas, de las cuales aprendí, que lo infinito es tan sólo lo que dilata el disfrutar del presente, y a ser consciente, que por más finita que sea la vida, vale la pena transitarla junto a ellas…

Primera parte del Imperio del Fin del Mundo

"Las ciénagas"

"... Cayu despertó sobre un cumulo de oscuridad, sólo acompañada por el vacío infinito. Sus manos moldearon el caos, creando cielo, tierra y aguas.

Luego vistió el paisaje de abundante vegetación.

Se maravilló ante tan espectacular visión. Pero tanta belleza la turbó. Fue ahí cuando comprendió que debía compartirla.

Garabateo en el aire miles de seres, con extrema dulzura, besó sus labios y les dio vida.

Sonrió colmada de satisfacción. Pero su sonrisa perdía sentido, al no ser contemplada.

Entonces, tomo del cielo la grandeza, de la tierra la ternura, del aire la libertad; y de una bocanada los devoró. Saciada de amor, Cayu ardió en una inmensa llama, que al extinguirse dio origen a la primera mujer y a su hombre.

Simay y Paloy, compartían días y noches, regocijados en la opulencia de tan perfecta creación.

Cayu, diseminada en el universo, era la encargada de darle sentido a las cosas.

Pero vino a nacer en el hombre la duda, y con ella, el mal.

- ¿Qué es el amor? - Preguntó Paloy.

Y la Diosa, blandiendo sus manos hacia el cielo, los confinó al lodazal del desamor.

Capítulo 1: Preámbulo

Despertó sobresaltada por los pasos de la hermana Pilar.

- ¿Quieres que venga el padre Renato? -, Preguntó, con un dejo de piedad.

Virtudes no respondió. Por unos segundos pensó que la vendría a socorrer.

- ¡Necesitas confesarte, sacar ese enorme peso! ¡Dios perdona a quienes muestran genuino arrepentimiento!

Virtudes no respondió.

Cerró los ojos con firmeza y se dispuso a recordar. Sintió con nítida claridad el redoblar de las campanas, el olor a tierra húmeda, el camino de cipreses, la casita blanca de mama Chela, el cielo abarrotado de estrellas, su cuerpo tendido sobre los tréboles. La invadió la paz.

El silencio sepulcral del convento era perturbador. Rodeada de muros, la oscuridad del claustro servía, como preámbulo de lo que vendría y como recordatorio de los horrores vividos.

Lloró con la certeza de que ya no habría más noches, ni días, ni viento, ni luz, ni sombras, ni casita blanca, ni olor a tierra mojada. Lloró hasta dejar su garganta lasciva de tanto retener los gritos de espanto. Lloró o hasta olvidar el por qué lloraba. Luego recordó y volvió a llorar.

El canto de los gallos presagió el inminente amanecer. Apretó las piernas contra el pecho y comenzó a mecerse. Pero era en vano, el pánico era casi corpóreo.

Se acicalo con la misma diligencia que todas las mañanas. Tendió sobre el catre su dalmática, la acaricio. Debía hacerse la idea que ese estropajo vestiría en su indigna muerte.

-Apúrate hija, ya es hora- Irrumpió, sin anunciar, el padre Renato.

-sí, claro. - Respondió la rea.

El claustro olía a humedad, mezclado con desechos y cirios. El vaho penetrante, hacia lastimoso, hasta el simple hecho de respirar.

-Para quienes se arrepienten de sus pecados será el reino de los cielos, recibe esta agua bendita, bébela, ella purgara el cuerpo y liberara el alma- Exclamó, con tono místico, el regordete hombre.

Virtudes no respondió, su cuerpo estaba paralizado. Su boca seca, los ojos enrojecidos, las manos aradas de tanto refregarlas contra el género rugoso que auspiciaba de vestimenta.

-Voy camino al calvario, que, según usted ha dicho, soy merecedora. Por mi escaso conocimiento del mundo carnal, he caído ante la necedad de la mujer ignorante que en mi habita. No soy digna de perdón alguno. Bajo las aflicciones que he sido sometida, he afirmado cosas que no lograba comprender, la

debilidad de mi espíritu se hizo manifiesto en esas deshonrosas circunstancias.

-No hay tiempo de lamentaciones. Tu débil espíritu te ha dejado expuesta a la lascivia, la lujuria…como muy bien lo has dicho. Pero ya no hay tiempo de exposiciones, te están esperando.

Virtudes calló.

Cuando se halló frente al Verdugo, solo apretó sus labios, como guardando para sí esa última cuota de dignidad. Su escuálido cuerpo crujía tembloroso y entumecido por el frio, bajo el sayo de lino ordinario. El cuero cabelludo, lastimado por la brutalidad del barbero, permitía apreciar la perfecta anatomía de su cráneo desnudo. Su quijada puntiaguda, su mirar perdido, su sonrisa intransigente… El bullicio de la sala contigua no permitió que escuchara su sentencia, pero la pudo presentir. Un par de parroquianos, devenidos en autoridades, vendaron sus ojos y la sacaron a empujones, sin percibir que la

desdichada, no presentaba resistencia. Sintió el tibio candor de su orina, que se escurría trémula por entre sus piernas, parecían caricias ante tanto tormento, matizadas por el ardor que le causaba al hacer contacto con su piel lacerada.

Parada ante un gentío hostil, en el sencillo patíbulo improvisado, la pequeña santa fue ejecutada sin demora.

Nadie clamó por piedad.

Como a toda hereje, con la muerte no terminó su martirio. Luego de exponerla, cual botín de guerra, sus despojos fueron abandonados a la intemperie, a providencia del clima húmedo y pegajoso de Cayusco.

Capítulo 2: Sequía mortal

Tras seis años, dos meses y cinco días de sequía, Cayusco tenía la apariencia de un anciano centenario. La tierra se abría en miles de grietas, la vegetación se fagocitaba como en un acto de suicidio, los animales migraban o se inmolaban para saciar con su sangre la sed de los demás. Sólo algunos pobladores, aferrados al recuerdo de un glorioso pasado, resistían estoicos la perturbadora malaria.

Hasta la llegada de la sequía mortal, Cayusco se erguía soberbio entre las ciénagas de Simpa. La ciudad se dividía en una perfecta cuadricula. La plaza en el centro y rodeándola, la iglesia, la casa señorial, el concilio del señor, el convento y el despacho del Impartidor de las Leyes. La calle que bajaba hacia el puerto era el paseo de los feriantes, lugar en el que los simpones compraban y vendían todo tipo de chucherías y artificio. Camino a la alameda, se encontraba una vieja casona. Símbolo absoluto del poder fundante de Cayusco. Sus

moradores eran los Torrente. Una familia de miradas diáfanas y somnolientas, que habían enfermado de ausencia, peste muy común en las tierras cenagosas del sud.

Los síntomas eran inequívocos: sobresaltos nocturnos, angustia sin motivos, desmesurado apetito y desorden intestinal. A esto le seguía hermetismo, disminución de la capacidad para comunicarse, hasta la ausencia absoluta del más instintivo de los reflejos: respirar.

La casona de la familia Torrente se hallaba en absoluto aislamiento, temiendo, que, al contacto con el gentío, la enfermedad se propagara.

El padre Renato había sido muy claro.

-Don Bernardino, el cielo ha castigado de manera implacable a nuestro pueblo, debemos obrar de manera prudente. Por ello le ruego que mantenga a su esposa e hijas dentro del perímetro de la finca. Igual medida ha de tomar con sus siervos.

Roguemos al misericordioso que envíe una señal de como obrar para redimir los pecados que han causado tan agónica situación.

Don Bernardino Torrente mandó a amurallar las ventanas que daban hacia la calle. Dispuso que cada una de sus hijas permaneciera dentro de un sector determinado de la planta alta, sin más contacto humano que el de las siervas. Para Mustia, Prudencia y él, la planta baja.

En un absurdo intento de mantener a raya la inminente epidemia, la vida familiar operaba como islas distantes. Nadie podía salir. Se comunicaban con el exterior a través de dos tiritiríes que llevaban mensajes y pedidos.

La proveeduría de Don Severino era la encargada de abastecer las necesidades ilustrísimas pobladores.

La ausencia de lluvia puso en vilo la fe: Ayunos, procesiones, promesas, sacrificios. Todo se había probado, todo había sido

en vano. El Altísimo mostraba su ira a través de la privación del más necesaria y vital de los elementos: el agua.

Horas, días, semanas, todo se entre mezclaban en una homogénea masa de desasosiego. En los barrios periféricos, la gentuza pagana, regaba con sangre de gallina negra, cuchillos en cruz, pidiendo clemencia a Cayu.

En los primeros meses, la esperanza se mantuvo intacta. El pueblo de Cayusco era descendientes de los castoanos, pueblo milenario que habitaba la meseta continental. Los cuales, caminaron durante 26 inviernos, adentrándose en la selva más espesa e inmensurable que hubo existido. Tras atravesar ríos, montañas, selvas, desiertos, ciénagas…en el recóndito extremo sud, en una tierra obscenamente abundante, fundaron Cayusco, que significa nuevo amanecer.

A medida que la carencia de agua hacia estragos a diestra y siniestra, los ánimos fueron menguando. Algunos decidieron cruzar el portal y volver sobre los pasos de sus ancestros. Otros

perecieron de sed, otros de infecciones causadas por la falta de higiene, otros, de la enfermedad de las ciénagas.

Las calles apestaban a heces, carroña y sudor. La atmósfera polvorienta dibujaba fantasmales figuras en el cielo, el resoplar del viento causaba hartazgo y una perturbadora sensación de pesadilla perpetua.

Una noche; seis años, dos meses y cinco días de comenzada la sequía mortal; los gritos de Mustia Torrente resonaron con furia. Agudos dolores la azotaron sin descanso. No había explicación. Nunca la etapa final de la peste había sido tan cruel. De su boca salieron a borbotones, cantidades incalculable de maldiciones y blasfemias. Sus vísceras expulsaron un pestilente líquido amoreteado. El viento blandió con fuerza las desvencijadas ventanas, el cielo crujió anunciando el fin de los tiempos. La poblada se agolpó en la plaza, y con oraciones frenéticas acompañaron la agonía de Mustia y de Cayusco.

El padre Renato clamó por una señal.

- ¡Misericordioso, no nos abandones! Ten piedad… señala nuestros pecados, pero también, valora nuestras virtudes…

Ante el asombro de todos, el llanto de una niña dio por finalizado el martirio de Mustia. Al llanto, le siguió el más asombroso de los milagros. La lluvia.

La poderosa cortina de agua bañó las tierras adormiladas, lleno el cauce del río, limpió los tejados, bendijo al poblado y dio la bienvenida a la pequeña hija de los Torrente.

-Virtudes, así se llamará- Dijo Mustia, con notorio regocijo.

Todo parecía haber vuelto a la normalidad. Junto al vivido líquido, regresaron las plantas, animales, alegría, abundancia.

La pequeña hija de los Torrente propagaba milagrosas curas al mal de las tierras cenagosas, con una simple imposición de manos.

Nacida bajo el diluvio bendito y con el poder de curar el mal de ausencia, el pueblo de Cayusco proclamó santa a la niña y

patrona de todas tierras cenagosas de Simpa, de las aguas del Rio Sud y de la ciudad.

Capítulo 3: Fredo Damazo

Con reflexiones mordaces, sus teorías dejaban perplejo, a todo aquel que se animaba a un contrapunto. Tenía la templanza de los 30 años, gallarda apariencia, pureza de sangre y el más impecable linaje. Sus habidos conocimientos, y un inmejorable ejercicio de la medicina, habían convertido, a Fredo Damazo, en toda una celebridad de las ciencias. Trabajaba en forma independiente y cuando era menester, prestaba servicios al alto tribunal del Impartidor.

En los últimos boletines del tribunal, había llegado la noticia, del más reciente milagro de Cayusco. La Santa patrona, tras años de veneración, responso, oración, clausura, privación de toda virulencia carnal, y, sobre todo, celibato: había dado a luz en plena procesión. Para la iglesia era una muestra más de la grandeza del Señor. Para la chusma, la prueba clara de la herejía más atroz.

El doctor Damazo vio en el caso un verdadero desafío. De inmediato solicito participar en dicho dueto.

Durante el camino hacia Cayusco intentó poner en orden sus ideas, pero el vaivén del vagón hizo que cayera rendido.

Inmerso en el más profundo de los sueños, sintió las suaves manos de Ofelia, su aliento metálico, su placentera compañía. La amó con la dulzura que nunca había experimentado. Ardieron en una diáfana danza de espasmos y gemidos. Despertó sudoroso y perturbado. Abrió con frenética ansiedad una pequeña botella y bebió. Por un instante dudó, pero la cruel certeza, apuñaló su estómago dejándolo sin aire.

Sus dedos acariciaban la despeinada barba, con melancólica mirada, se perdía entre los múltiples y desdibujados recuerdos.

La levitación se vio interrumpida por un estruendoso y terrenal silbido. El primero de una serie que debería soportar a

lo largo del viaje. Cada parada era anunciada con fragor, produciéndole un dolor de cabeza insoportable.

Sin sobresaltos, el camino se hizo monótono y rutinario. A un pueblo vetusto, lo seguía un paisaje natural exótico que terminaba, en otro espectro de caseríos olvidados.

La excitante naturaleza, interrumpida, de tanto en tanto, por la mezquina obra del hombre, hizo que Fredo quedara diezmado.

Cayusco recibió con placida benevolencia al destacado científico.

La amabilidad exagerada de las autoridades, las pompas ceremoniales, la atmosfera infectada de hedor a frutas putrefactas, el calor húmedo, la procaz visita al convento, dejaron en el Doctor una sensación de hartazgo.

Por segunda, vez en pocas horas, sentía un irrefrenable deseo de huir. Abrió la pequeña botella, pero casi de inmediato la

cerró. Era preciso aceptar su muerte y transitar el agobiante duelo.

La fragilidad de Virtudes se vislumbraba a simple vista.

Fredo pidió permiso y entró a la celda de clausura.

Sentada sobre un ruinoso catre, la pequeña mujer no emitía sonido. Sus ojos nublados de tristeza clamaban exultantes por ayuda. La empatía fue inmediata. Fredo quebró el silencio espectral.

-Señorita Virtudes, lamento que nuestros destinos se crucen en tan desdichadas circunstancias, pero, con toda sinceridad, será un honor evaluarla y defender su honra.

Virtudes no respondió.

-Le he solicitado al Supremo Tribunal del Impartidor, evaluar su estado de salud física y mental. Pero antes de cualquier tipo de exploración o examen, quisiera escuchar su versión de los hechos.

La punzante mirada se clavó como dagas en Fredo.

Al primer intento, un sinfín de sonidos indescifrables salió a borbotones. A pesar de sentirse avergonzada, tomo aire, humedeció sus labios y lo intentó nuevamente.

-No sé cómo fue, que pasó. Estoy aturdida, apabullada- el breve discurso se vio interrumpió por un llanto irrefrenable. Reclinó la cabeza y retomó la charla.

Contó en detalles los hábitos diarios de higiene, ayuno, oración y exposición, al que era sometida. Las procesiones semanales que terminaban en la bendición del puerto y de las fincas frutícolas, principales actividades económicas de los simpones. Sin mover un musculo, con la respiración imperceptible y un dejo de mortuoria apariencia, debía estar presente en cuanta ceremonia civil, militar o religiosa hubiese en las tierras de Cayusco. Todo era perfectamente místico e improfanable, salvo por un detalle, que la inocente mujer, dejo entrever.

Capítulo 4: Camino hacia la alameda

Mustia debía permanecer en reposo. Con 48 viejos años, se había vuelto a convertir en madre. Pero el ritmo festivo en el que se veía inmersa la casa no ayudaba a su recuperación.

Luego del nacimiento de Desi y el fin de la sequía mortal, todo Cayusco pasaba a agradecer o a dejar ofrendas.

La banda infantil, a pedido del Padre Renato, improvisaba múltiples melodías paganas, mientras un grupo de alborotados mulatos, contorsionaban sus cuerpos con un ritmo infernal.

Crespones purpura, intercalados con racimos de frutos, decoraban la suntuosa basílica. Un retrato de la niña colgaba del campanario. Los balcones, ventanas y puertas, exhibían guirnaldas multicolores.

Enmarcada en un pintoresco carnaval, la comunidad de Cayusco olvidó, con exagerada rapidez, los años de malaria y aflicción.

Los Torrente dividían sus días entre el quehacer cotidiano de la finca y los deberes sagrados de la pequeña.

La casa familiar se engalanaba para abrir sus puertas a partir del mediodía.

En un trono rococó, tapizado en brocados sepia, con fastuosos querubines dorados, la mística patrona recibía a centenares de peregrinos por día.

En la plaza, frente a la Basílica, los simpones habían instalado puestos itinerantes, con todo tipo de recuerdos de la tierra bendecida de Cayusco. Retratos, estampitas, cancioneros, misarios.

En la calle de los feriantes, artesanos y artistas de todo tipo y calibre, desplegaban sus habilidades a cambio de unas monedas.

La bonanza había llegado para quedarse.

En octubre se conmemoraba el natalicio de Virtudes. Los preparativos eran exultantes. Tras años de generosidad celestial, los Torrente habían engrosado notablemente sus arcas. Las donaciones, las ofrendas, el incesante fluir de fieles, que consumían cuanto manjar comestible se pusiera a la venta, habían convertido a la familia en los poseedores de una cuantiosa fortuna.

Prudencia Batista, hermana menor de Mustia, tenía la agudeza de un depredador. Sabía con obstinada certeza los entramados de la explotación humana. Pero el paso del tiempo, la había dejado desprovista de objetos personales de la niña. Fue así como la brutal idea se instaló, hasta el punto de obsesionarla.

Desde el cuarto de la niña podía escucharse a la muchedumbre clamar por su presencia. El insensible gentío se agolpaba frente al portón, sacudiéndolo con violencia, ávidos por obtener la bendición que borrara sus males o proveyera el milagro.

Con el afán de mantener cautiva a los feligreses, Prudencia puso en marcha su siniestro plan.

- ¡Debemos confeccionar reliquiario con mechones de pelo de Virtudes! - exclamó con frenética firmeza.

El silencio de Mustia habilitó el proyecto y a tijeretazos se ejecutó.

Cuando Chela y Fontan entraron en el cuarto, Desi yacía en la cama. Su cuerpo se contorsionaba, formando una pequeña maraña. Un quejido ronco, sórdida seco, intercalado con profundos suspiros, impregnaba el ambiente de una tristeza insoportable.

Mamá Chela abrazó a la niña y tarareó una vieja canción de cuna. Desi, aferrada a las trenzas de la vieja simpona, se entredurmió.

- Quiero ir a la casita blanca- susurró la niña a modo de secreto.

- Ya no se puede amita, ya no- respondió la anciana con premura ternura.

En los primeros tiempos, los fieles y devotos peregrinos, se conformaban con algún objeto personal que, a modo de amuleto, vendían por el ventanal que daba a la alameda.

Mamá Chela y Desi, solían escapar por la puerta oeste, escoltadas por Fontan.

Recorrían el camino de cipreses El olor de la tierra húmeda embriagaba sus sentidos. A paso lento, observaba con curiosidad y extrañeza, el espectáculo que la naturaleza le brindaba. Corría tras las mariposas, intentaba alcanzar las nubes, tarareaba improvisadas melodías, reía ante cualquier simple altercado.

Cuando los Torrente se quedaban en la capital, Mamá Chela aprovechaba para alargar el paseo. Tendidos sobre la espesa

mata de tréboles, con la brisa como apero, contemplaban el cielo abarrotado de estrellas.

Fontan indicaba con esmero, la ubicación de cada constelación. Las lecciones de astronomía se extendían hasta la alborada.

Capítulo 5: El apalusa

El fin de la guerra había envuelto al pueblo, en un interminable festejo. Las calles abarrotadas, eran el escenario propicio.

Sólo bastaba esperar la oportunidad para huir… pensó la pobre mujer.

……

Montado en su caballo, enfundado en su impecable uniforme, hizo su entrada al pueblo el General Isaurralde. El legendario hombre, desfilo con arrogancia, ante una muchedumbre. Lo secundaba, un mal entrazado grupo de soldados, que arrastraban los carros con el botín de guerra.

Detuvo la marcha frente a la Basílica, quitándose el sombrero en señal de respeto, y continuó por el camino de los feriantes. Los soldados que lo acompañaban se fueron dispersando entre fondas y lupanares.

El General se dirigió colérico hacia la casa de los Torrente.

Bernardino lo recibió en su despacho. Con ademanes frenéticos, palabras procaces y un sinfín de reproches; el General descargó su furia.

Desde la sala, las mujeres intentaban escuchar, pero sólo lograron distinguir una que otra palabra.

Un portazo dio por finalizado el coloquio.

Al llegar a la sala, el General saludó con caballerosidad a las mujeres. Dejando prendada de pasión a la jovencita Torrente.

Díscola, voraz, de naturaleza perturbada y procaz belleza; Pilar Torrente se había convertido en la mayor preocupación de sus padres.

Desde temprana edad, mostro su particular manera de percibir. Acariciaba, con evidente placer, el género rasado de sus vestidos. Inspiraba las glicinas con voracidad. Besaba las frutas antes de morderlos. Durante sus baños, se propinaba placidas caricias, ante la mirada espantada de su madre.

Su incorregible brío, hizo de Pilar, una mujer indomable.

No se ajustaba al protocolo, carecía de vanidad social y ponía en duda cuanto mandato familiar hubiese. Con habilidad fue tejiendo un mundo de dimes y diretes, que aturdió a la familia, y la hizo invisible ante sus ojos.

Dominaba, con majestuosidad, los artes de la extorsión y el engaño.

Sus primeras intrigas le permitieron recorrer, con cierta libertad, los lugares prohibidos de la ciudad.

Con presurosos y sentidos discursos, había persuadido a sus padres, y con la excusa de trabajar por los desvalidos, salía de la casa en compañía de su sierva.

Poco después de haber nacido Pilar, Mustia enfermo de ausencia. Dejando a Shani al cuidado de la niña. La sierva la amaba con devoción y era capaz de todo por la muchachita.

Era pues, que, al salón parroquial, llegaba solo la negra.

La joven hija de los Torrente recorría las callejuelas prohibidas. Bebía y fumaba amapolas en la feria de los gitanos, apostaba en la ruleta clandestina instalada en el Salón “le plaisir” de Madame Larissa, bailaba al ritmo de la vitrola de la kermese de las mulatas. Mientras Shani realizaba diversas actividades caritativas en nombre de su amita.

Dejaba su salvaje espíritu aflorar, nublando por completo su entendimiento. La excitación la poseía con un demencial poder de turbación y con un fragor incontenible, saciaba sus deseos en los brazos de los hombres que habitaban en las barracas.

El secreto estaba a resguardo.

Shani y el padre Renato mantenían una amistad muy estrecha, que no sería comprendida, si salía a la luz. Como en un intercambio de favores, Pilar callaba, Shani callaba, Renato callaba… y todo permanecía en su lugar.

Pero los rumores, sobre la liviandad de Pilar, recorrían las calles con la rapidez de un guepardo.

El General Isaurralde, notó con agrado la feroz mirada de Pilar, y se dispuso a conquistarla.

Como era sabido, el padre de la joven se opuso de inmediato al cortejo. Conocía a Fausto Isaurralde como nadie. Compañeros de armas en su juventud, habían falsificado documentos, desviado fondos públicos a sus cuentas particulares, contrabandeado, tortura, violado, matado y engañado con total frialdad. Era menester mantenerlo lejos de su familia.

Pero Fausto tenía otros planes.

Los Torrente contaban con dos hijas, Pilar y Angustias. La mayor sería la que se casaría y recibiría dote, y a la muerte de sus padres, la totalidad de la fortuna. La menor debía permanecer soltera, destinada a cuidar a los niños y viejos que hubiere en la

familia y en caso de que no haya a quien cuidar, seria confinada en el convento.

Fausto espero la Tertulia, de Francisca Pascuali, para pedir la mano de Pilar. Delante de la selecta oligarquía Cayuense, sería un acto suicida negarle tal licencia.

Fue así como Fausto y Pilar se comprometieron y casaron, más por capricho, más por venganza, más por pasión, que por amor.

La ceremonia fue breve, Fausto no tenía demasiada paciencia para los actos litúrgicos, y el frenético tamborileo de sus dedos se lo hicieron manifiesto al padre Renato, quien, salteándose algunos párrafos, reduciendo a lo mínimo el acto sacramental, los declaro marido y mujer.

El banquete de bodas mostraba la opulencia de los recién casados.

Mustia organizó la celebración en la casa de la alameda. En el patio se habían dispuesto mesas redondas, vestidas con fina

mantelería color marfil, sobre ellas, copas de cristal y cubertería de plata. Las siervas caminaban entre los invitados, proveyéndolos de todo tipo de manjares.

En el amplio comedor se sirvió el plato principal: langostas en salsa de menta, acompañado de vino blanco y como postre, creps de manzana con salsa de caramelo.

Culminado el banquete, se bailó el vals, se arrojó el ramo y los novios se despidieron, para comenzar a disfrutar de los beneficios del matrimonio.

Shani preparó el cuarto con esmero, debía estar todo dispuesto de forma tal, que el novio no notara el estado de gravidez en el que se encontraba Pilar. El ajuar de la novia disimulaba su escasa cintura, sus pezones pigmentados, las venas marcadas en sus mamas, su redonda e incipiente barriga.

La falta de estrechez virginal había sido enmendada por vahos de alumbre y abstinencia sexual.

Sentado sobre un taburete, el general observó la entrada de su esposa al cuarto. Se sintió afortunado y experimentó un sentimiento cercano al amor.

Los cuerpos se encontraron en un procaz acto de placer.

Ahogaron sus demonios con saliva, limpiaron sus llagas con sudor, se bebieron, se devoraron y luego devolvieron los pedazos que sobrevivieron a tan ardiente encuentro.

Pilar amaneció con la sensación de que todo está en calma. Por fin se había extirpado el puñal que laceraba el estómago. Pero unos gritos la sacaron del trance.

Era Fausto reclamando a Bernardino por el engaño.

El general tenía la experiencia suficiente como para darse cuenta de que la castidad de Pilar no era tal y amenazaba con anular el matrimonio.

Bernardino defendía la decencia de su hija, ignorando que la misma estaba perdida hacia años. Pero ante la feroz insistencia del recién casado, se dispuso a restaurar el honor familiar.

Mando para buscar a Pilar, quien, al ser interrogada, negó categóricamente los cargos. Aseguró a su padre, que jamás había estado con hombre alguno, hasta la noche anterior. Lloró con desconsuelo, imploró la intervención de su confesor, según la joven, el cura podía dar fe de su honroso y caritativo comportamiento.

Pero la farsa se terminó en el momento que Pilar fue examinada por el Doctor Isaac Jacob, quien determino que la joven, no era virgen, y, además, se encontraba transitando el segundo trimestre de embarazo.

Fausto abandonó Cayusco esa misma noche. A cambio de su silencio, se dispuso que se quedara con la dote y la posibilidad de anular el matrimonio con Pilar y concertarlo con Angustias.

Los destinos de las hermanas Torrente habían sido cambiados.

Angustias se casó con Fausto, sin pompas y en total hermetismo.

La suerte de Pilar seria menos grata que un casamiento sin amor.

Todos tenían algo que ocultar, y en beneficio del bien común, se modificó o calló, todo aquello que perturbara la imagen de la ilustre familia, del devoto cura y del varonil general.

Pilar quedó recluida en la casa. Seria llevaba al convento luego de parir, dejando su oscuro pasado enterrado allí.

Ella no se dio por vencida. Con ayuda de Shani planificó la fuga.

El general, en su desesperado afán de abandonar el pueblo, decidió hacerlo en tren, dejando en Cayusco a su caballo apalusa.

Montada en la imponente bestia, Pilar Torrente decidió huir, en medio de la festiva bienvenida que se le daba al último batallón.

Recorrió con audacia las calles que conocía de memoria, pero al llegar a la ciénaga el animal se espantó y comenzó una carrera furiosa, que terminó con el intento de fuga.

El cuerpo maltrecho de Pilar fue encontrado por los pescadores, y llevado de inmediato a la casa familiar.

Los gritos de Pilar Torrente resonaban con furia. Agudos dolores la azotaban sin descanso. De su boca salían a borbotones, cantidades incalculable de maldiciones y blasfemias. Sus vísceras expulsaban un pestilente líquido amoreteado. El viento blandía con fuerza las desvencijadas ventanas, el cielo crujía anunciando el fin de los tiempos. La poblada se agolpo en la plaza, y con oraciones frenéticas acompañaban la agonía de Pilar y de Cayusco.

El padre Renato clamo por una señal.

- ¡Misericordioso, no nos abandones! ¡Ten piedad… señala nuestros pecados, pero también valora nuestras virtudes…!

Ante el asombro de todos, el llanto de una niña dio por finalizado el martirio de Pilar. Al llanto, le siguió el más asombroso de los milagros. La lluvia.

Ante la felicidad del fin de la sequía, Bernardino y Mustia salieron al balcón a mostrar su pequeña nieta.

La comunidad entera agradeció al cielo el nacimiento del milagro.

Nació de una madre yerma de 48 años y rompió el maleficio de la sequía. Es una santa, dijeron.

Capítulo 6: La infusión del mal

A la edad de 13 años, Virtudes tomo los votos de castidad y pobreza, y debió mudarse al convento.

La iglesia y la familia Torrente, se vieron enfrentados en un absurdo litigio, con el fin de determinar “a quien pertenecía la Santa”.

El Tribunal del Impartidor resolvió: que había sobradas pruebas de la santidad de la niña; por lo tanto, era menester que creciera al amparo de la iglesia.

Mamá Chela y Fontan, entraron en cuclillas en el cuarto. Tenían la sensación de que la amita dormía. Se sentaron junto a ella, en el más profundo silencio, no había palabras que describieran tan lacerante dolor.

La niña acarició la cuarteada cara de Fontan, y cerró los ojos.

Mamá Chela cantó viejas canciones de cuna, la niña se entredurmió aferrada a sus largas trenzas.

-Sin ustedes, no lograre volver a dormir- dijo la niña, con la voz gastada por el llanto.

Virtudes despertó en la más terrible soledad. Acompañada, tan sólo, de un par de trenzas blancas, a las cuales se aferró con desesperación.

La Santa no lograba descansar. Pidió, entonces, ver a la hermana Pilar.

Desde su llegada al convento, hacia 7 años, la monja se desvivía en atenciones hacia ella; y logró, de esta manera, ganarse su confianza.

Durante las mañanas, era la encargada de asear y vestir a Desi. Luego, la acompañaba a la litúrgica matinal, en la cual bendecía y realizaba sus curas milagrosas. Por la tarde se repetía la rutina y el día culminaba con la asistencia a alguna fiesta o conmemoración.

Pilar Torrente estaba irreconocible, su apariencia había mutado de una manera absoluta. No quedaba nada, a simple vista, de la bella y lasciva mujer.

Su piel se había marchitado de manera temprana, dejándole una apariencia añeja y avinagrada. Sus labios vencidos, dejaban a la vista las encías amarronadas, de la cuales se sostenía, una escaza y amarillenta dentadura. Los ojos inyectados en sangre parecían a punto de salírseles. Al hablar, el espectáculo visual empeoraba. Del cuello pendía un pliegue de piel en forma de bolsa, que bailaba al ritmo de las palabras que pronunciaba; y el cual acariciaba con frenesís, en los momentos de responso.

Virtudes mando a llamar a su doblemente hermana. Eran Hermanas por compartían la misma sangre. Eran Hermanas por compartían su devota vocación de servicio.

Necesitaba dormir, hacia días que no lograba hacerlo. Se sentía a punto de desfallecer.

La hermana Pilar, aconsejó a la santa, que bebiera un té que ella misma prepararía. Le explico que estaba compuesto por esencia de flores y tilo. De inmediato preparó la infusión, que Virtudes bebió con complacencia; y permaneció junto a ella hasta bien entrado el sueño.

La mañana, sorprendió a la santa, con notable perturbación. El tan anhelado descanso había llegado, pero le dejó una sensación de hartazgo que no lograba explicar.

Contó, entonces, al padre Renato lo acontecido.

El cura desplegó una teoría, con el fin de calmarla. Afirmó que era el diablo intentando debilitar su espíritu; y le aconsejó que soportara con estoicismo dicho calvario. A manera de ilustrativo ejemplo; narró historias sobre los primeros cristianos, describiendo con minuciosos detalles, los sufrimientos a los cuales eran sometidos.

Virtudes sintió que no lo iba a poder soportar. Pero Renato insistió en la importancia de mostrarse imperturbable ante el malicioso visitante.

Noche tras noche, Virtudes se durmió, gracias al té, que su abnegada hermana preparaba con benevolencia. Luego de dormida, la vivida pesadilla se repetía. Todas las noches, bajo diferentes identidades, la sometía a las más espeluznantes bajezas. Al despertar en las mañanas, hallaba marcar del calvario y dolores insoportables en sus genitales. El padre Renato volvía a justificar sus aflicciones.

El desmejorado aspecto de la Santa preocupaba a los fieles. Oraban y clamaban por la restauración de la salud que Desi estaba perdiendo. La preocupación era tan grande que se decidió realizar una procesión.

Las calles de Cayusco se engalanaron para recibir a su Santa Patrona. En cada esquina había un altar con la imagen de ella, rodeado de flores, frutos y velas encendidas.

Encabezaba la procesión, una litera dorada, que permanecía abierta para que todos pudieran venerar a la santa. Detrás, todo un pueblo.

De manera abrupta se detuvo el cortejo, ante la atónita presencia de todo el pueblo, la Santa dio a luz.

De inmediato, se disipó la manifestación. El aturdimiento era general.

Virtudes no llegaba a comprender

. El padre Renato, intentó contarle sobre las pesadillas que sufría Desi, a la familia Torrente, pero Pilar lo interrumpió, con evidente malicia

Lo más conveniente era proclamar el nacimiento como un milagro.

Confiados en sus experiencias, lo intentaron. Pero al salir el padre Renato, el pueblo, que hasta hacia unas horas, rogaba por la salud de Desi; gritaba al unísono: ¡Muerte a la hereje!

Capítulo 7: La peste de la ciénaga

Las diferentes posturas sobre el caso de la Santa se dirimían en supuestas “verdades absolutas”, dejándola en el más terrible desamparo.

Se la cuestionó, expuso y humilló. Soportó con grandeza, toda clase desatinos místicos, de aquellos que buscaban limpiar sus culpas.

Por un lado, los curas extranjeros sostenían que había sido poseída y su hijo era del maligno. Por el otro, su familia y el padre Renato, hablaban de un “milagro” y que era la señal del comienzo del Nuevo Reino.

Pero, de los abusos que habían sufrido Virtudes Torrente, en manos de una familia inescrupulosa, con la ayuda y el beneplácito de la iglesia, nadie dijo nada.

Fredo sostuvo que la mujer no tenía conciencia de los hechos, que sus narraciones estaban plagadas de delirios, producto de la ingesta involuntaria de alguna sustancia alucinógena.

La defensa del doctor dejaba al desnudo un entramado pestilente. Conto la manera despiadada en que la persuadían, de que era el mal quien abusaba de ella, el cual variaba de disfraces para engallarla.

Quedando el té de amapolas en el olvido; y el hecho de que Desi reconociera los rostros del diablo, en algunos de los miembros del Honorable Tribunal del Impartidos; se llegó a la conclusión, que la rea había tenido encuentros procaces, y prueba de ello era su vástago.

El destino del niño se resolvió de inmediato. Se mandó una misiva al único familiar que no estaba implicado en tan abominable suceso, y se le entregó.

Angustias, que desde su forzado enlace no había vuelto a Cayusco, debió desandar sus pasos para salvar el despojo de amor que quedaba de su familia.

Fredo colmó de ternura y comprensión el último año de la vida de Virtudes. Vació, sin reservas, todo el amor que había sobrevivido a Ofelia.

La última noche, bebieron de sus cuerpos las mieles del placer sagrado, y, en perfecta comunión, se durmieron sin temor, abrazados a la vida.

Fredo, cual novio en el altar, esperó al pie del patíbulo a la mujer que amaba.

La dignidad de Desi, venia siento arrastrada por el empedrado, conduciéndola hacia su final. Vio a Fredo entre la multitud, y sintió que no había nadie más. Fue hacia él, sin temor, con la paz de morir en la verdad, después de una vida en la mentira.

Miró con piedad al verdugo y aceptó la cuerda sin resistencia alguna, esbozando una tímida sonrisa. Sus ojos se cubrieron de lágrimas, miró hacia arriba, intentando contenerlas.

El piso del tablado se abrió, dejando a Desi suspendida sobre un hilo de vida. Sus lágrimas rodaron incontrolables, mientras buscaba desesperada la mirada de Fredo. Luchó con furia, ganándole unos minutos a la muerte, se sacudió convulsiva, en el intento desesperado de respirar, hasta que el cansancio la doblego y se dejó llevar.

El cielo de Cayusco se cerró en evidente duelo y vino a caer un diluvio tan furioso, que redujo a un lodazal la legendaria tierra del nuevo amanecer:

"...Paloy, clamó a Cayu por piedad, y la diosa sentenció:

-Te he dado un universo de amor y no lograste percibirlo, ¿y te atreves a cuestionarme? Tu altivez ha marcado el destino de tus descendientes; condenándolos a vivir en la incertidumbre. Amaran con la pesadumbre de la

duda, sufrirán el agobiante peso de la razón, buscaran sin descanso, logrando en el final, la tan anhelada respuesta.

Creo así un sinfín de sentimientos con su parcja antagónica.

Y vino a morar, a la perfecta creación femenina de amor, alegría, certidumbre, belleza, verdad, paz: el desamor, la tristeza, la incertidumbre, el espanto, la mentira, la guerra.

Y dirigiese a Simay, dijo la Diosa:

-Tu silencio no es menos nocivo que sus dudas. Por ello condeno a todas tus descendientes a callar, a aceptar los cuestionamientos del hombre y a creer en sus certidumbres.

Simay y Paloy, observaron con espanto, como la tierra los tragaba, fusionados con el pestilente lodazal.

En medio de los amantes, una exótica tierra con gigantescos árboles se abrió camino, impidiéndoles hasta el consuelo de mirarse.

En las tierras benditas del Cayuseo, que significa nuevo amanecer, moraron los descendientes de Simay y Paloy.

Cumpliendo con el cruel designio, plantaron la semilla de la duda y de ella creció una mentira feroz, que termino devorándolos.

Cayu lloro con enorme desconsuelo, desencadenando un colosal diluvio que extirpo de la tierra la duda y el mal…"

Segunda Parte del Imperio del Fin del Mundo

Línea escarlata

"… perdida y avergonzada, ante el silencio de las demás; Simpay corrió entre sus padres, que yacían cual ciénagas.

Y vino Cayu a abrirle caminos, y susurrando al viento palabras de amor, creo para ella el honor, la valentía, la dicha, la fuerza, la armonía, la calma, la igualdad.

Simpay corrió sin descanso y al llegar al fin del mundo, encontró un lugar donde nunca la encontraría el mal…"

Capítulo 1: Las peregrinas

El general se abre paso entre las cautivas.

Interroga a sus hombres, quiere saber quién dio la orden. Pero la respuesta se diluye en interminables alegatos, que no lo conducen al responsable.

La busca entre los cuerpos que se amontonan a la rivera del camino. No está. Nada queda de ella.

Las ultimas kenwes, peregrinan por el desierto de Tulke, escoltadas por el cruento ejército de Simpa.

La fuerza les va menguando, sus pies desnudos se humedecen de sangre, al contacto con el suelo salitroso, y dejan a su paso una línea escarlata.

La exigida marcha, comienza apenas amanece, deteniéndose al anochecer. Sólo interrumpida por el desplomo de alguna de las desdichadas.

El viento agobiante deshidrata sus pieles, al punto de dejar laceraciones purulentas. El cansancio, el sueño, el hambre, la desolación, la crueldad, la tristeza… son los componentes, del letal coctel, que deja muerte a diestra y siniestra.

De las quince mil mujeres que partieron de Kenwetharu, un grupo no mayor a las mil ha sobrevivido.

En los últimos diez años la población se vio diezmada por las guerras, a las cuales fueron obligadas a participar.

Leninwe lideró con estoicismo a su pueblo, hasta que los muros, de la añejada ciudadela, fueron derribados por el bárbaro invasor.

Como inmersas en una pesadilla, las valientes mujeres, vieron al Imperio del Fin del Mundo, saqueado, violado, ultrajado… reducido a ruinas y lamentos.

Ahora sólo les queda la vida, con la fragilidad y finitud de la naturaleza humana.

Los estruendosos disparos, indicaba la orden de detener la procesión.

El comandante Anchorena, sentenció de muerte a la guerrillera y decidió ajusticiarla de inmediato.

Leninwe tenía los brazos atados hacia atrás. Caminaba altiva, sin temor hacia el oscuro final, que se le ocultaba, detrás de la venda que cubre sus ojos.

Parada frente al pelotón, sostenida por despojos de vida, mostró la grandeza de sus ancestros y enfrentó con valor su destino.

Los hombres la apuntaban con furia de cazadores, y ante la orden, abrieron fuego.

Cayó vacilante, un sonido ronco salió de su boca, la muerte ocupó su lugar.

Ante la orden de detener la marcha, Fausto comprendió que el final se acercaba. Se escucha el redoblar de los tambores, su

desesperación creció. Apuro la marcha, pero no bastó, ya era demasiado tarde.

La vio tendida sobre el salitral, reducida a un cuerpo tan terrenal, que le costó comprender que se trata de la feroz guerrera, que amó y combatió, con igual bravura.

Capítulo 2: El Imperio

En el remoto fin del mundo, allí donde el sol nunca termina de ocultarse, vivían las kenwes. Descendían de Simpay, hija de Simay, que huyó del designio de Cayu, y moradoras de un imperio constituido, exclusivamente, por mujeres.

El selecto pueblo de Kenwetharu, se alzaba sobre una tierra triangular, que al oeste limitaba con los altos montes de Kishoo; al norte, la planicie continuaba hasta más allá de lo imaginable; al sur y al este con el grandilocuente Mar de Salcoya.

Sus ciudadelas amuralladas, miraban hacia la inmensidad del océano, más azul y helado que hubo existido.

En el centro de la ciudadela, se hallaba el templo mayor, ende redor una explanada, de la cual se desprendían, calles empedradas que terminaban en el muro exterior.

Luego del templo, venían los talleres de artesanas y el mercado. Por último, las moradas. Pequeñas construcciones circulares, de techos cónicos y alero sobre la única apertura;

presentaban un interior desprovisto de decoraciones. Contaba con mantas hechos en telar, rellenos con lana, sobre el que dormían. En el centro de la única habitación, se encontraba la hoguera, la cual nunca se apagaba.

Todo organizado de manera concéntrica, proyectando la infinita grandeza del Imperio. Las opulentas ciudades estado, tomaban igual distribución en el extenso desierto.

El comercio solo se interrumpía durante el solsticio de invierno.

Las kenwe tenían la apariencia sólida de un gurrero. Sus cuerpos esculpidos a fuerza de trabajo, piernas largas y fuertes, brazos musculosos en su justa medida, dentadura sana, abundante cabello color granate y piel bronce.

Se ornamentaban con túnicas coloridas, suntuosa orfebrería de plata y piedras preciosas, apero y tamangos de piel de tromel (felino de pelaje blanco, de gran tamaño y mayor ferocidad).

Durante el solsticio de verano, el clima mostraba menor hostilidad, lo que les permitía migrar en busca de machos para aparearse, con la única finalidad de procrear.

Las legendarias mujeres, tomaban cautivos a los hombres, que ellas consideraban, los mejor dotados para cumplir con la faena. Esperaban la luna menguante, momento preciso para concebir niñas, y luego, se libraba al incauto, provisto tan sólo de su buena suerte. Los pocos que lograron sobrevivir, robustecían, con sus relatos, la fama del austral pueblo.

La tarea de criar y educar a las niñas era compartida por toda la comunidad. Salteando el concepto primario de madre. De esta manera, los lazos afectivos auspiciaban de soporte de una sociedad horizontal, profundamente mística y armónica.

Las festividades religiosas más importantes, se desarrollaban a doscientos sesenta y seis soles, de la primera luna menguante del solsticio de invierno. Durante las cuales se presenciaba los

partos de las kenwes que hubieren concebido durante la expedición a las tierras de los inciertos.

Las niñas eran recibidas con algazara, y pasaban a ser parte de la gran familia.

Alimentadas de las mamas de cuanta mujer estuviera apta, cobijadas, educadas y amadas por toda la comunidad, las mujeres kenwe desarrollaban alta autoestima, fortaleza de espíritu y aquerenciamiento étnico, cultural y religioso; que se vislumbraba en un orgullo exacerbado por sus ancestros.

Viajaban grandes distancias, con la finalidad de intercambiar sal por exóticos productos, de las tierras insulares del norte, tejiendo rutas comerciales inéditas para ese tiempo.

El grandilocuente pueblo Kenwetharu, fue la meta de lejanas civilizaciones, que, atraídas por sus obscenas ambiciones, se aventuraron a la más cruel de todas las industrias: la explotación del Imperio del Fin del mundo.

Capítulo 3: El General

Se asomó al balcón para verlo llegar. Su esposo tenía la bravura de un lobo hambriento, la cual la atemorizaba hasta el punto de paralizarla. Nunca era lo suficientemente mujer, nada le bastaba, obligándola a vivir en un continuo esfuerzo por agradar.

Desde su forzado casamiento en Cayusco, la vida los había puesto a prueba. Pero luego de terminada la guerra, el general había sumado, a su extensa gama de estados de ánimo, uno que lo hacía espectral, colérico y melancólico: el desamor.

El pequeño Virgilio, sobrino de Angustias, era el único capaz de arrancarle una sonrisa.

El general lucía una apariencia enfermiza, el alborotado cabello se le había vuelto blanquecino, la faz amarillenta, su mirar perdido. Casi no podía caminar, los dolores reumáticos se acentuaron de manera notable, ante el implacable frio del desierto. Esa expedición lo había dejado herido de muerte.

Fausto Isaurralde, nació en el seno de una familia poderosa. Criado con la certeza de un futuro exitoso, se formó en derecho e hizo una carrera militar impecable.

Renuente a la hora de los compromisos amorosos, había pasado los 30 años solteros. Sus padres murieron, sin lograr, que su único heredero, pasara por el altar y les diera un nieto.

Cuando Cayusco cayó en desgracia, junto a sus camaradas de armas, buscaron la solución en las expediciones a tierras lejanas. Aventurándose a una innumerable cantidad de hazañas, que hicieron de él, un héroe nacional.

Pero poco se sabía de cómo fueron las cosas, que lo motivo a tan arriesgada faena, cuál era su verdadero afán,

Los relatos hablan de gloria y valor, pero ¿qué es lo que perturba al honorable General?

Armaba y desarmaba, infinidad de veces, los hechos. Buscaba justificaciones que calmaran los gritos de su conciencia. Pero nada era suficiente; viejo, enfermo y al borde de la demencia,

el General Isaurralde se despertaba cada mañana, con la misma sensación de dolor y agobio

Aun podía sentir su presencia, la vulnerabilidad de su cuerpo ante el más ferviente amor.

La valiente guerrera se presentó ante el General, vistiendo sus mejores galas.

Inclinó, con delicadeza la cabeza, en señal de paz.

El hombre se sintió notablemente perturbado ante tan exótica belleza. El sol del atardecer reflejaba sobre la bronceada mujer, de cara angulosa, ojos rasgados y ensortijada cabellera granate. Tenía la altura de un hombre promedio, lo que hacía que no tuviera que mirarlos desde abajo.

Los ojos felinos se posaron en el general, con la premisa de persuadir y negociar la suerte de su amada patria.

El hombre escuchó con expectación a la notable Kenwe, la cual, sin pausa, pero con calma y majestuosidad, desarrolló su diplomático discurso.

El General y la guerrera, intercalaban copas de vino, con medidas palabras.

Jamás pudo olvidar, hasta los más mínimos detalles, de ese primer encuentro. Como impreso a fuego en su senil memoria, los revivió cada mañana.

Fueron diez años de amor y odio. De acuerdos y desacuerdos. De verdades y mentiras. Fueron, y serán siempre, los inolvidables días de la expedición al Imperio del Fin del mundo.

Capítulo 4: La invasión

Maketshu, bebió su infusión de peyote, mientras dos jóvenes mujeres, danzaban a su alrededor.

Yacía desnuda, sobre la piedra sagrada de Cayu, la "Elegida".

La sacerdotisa cubrió de aceites el cuerpo de la princesa, y se dispuso a echar las piedras al aire, esperando que la Diosa hablara a través de ellas.

En la explanada del templo, todo el pueblo en silencio esperaba por el designio divino.

La anciana se contorsionaba, emitiendo sonidos guturales, hasta que, por fin, Cayu sentenció:

-La noche será eterna, quedando de este imperio, tan sólo una infinidad de líneas escarlatas, señalando el éxodo obligado. Perecerán ante el codicioso y cruel invasor.

Luego Cayu se ausentó, dejando el universo femenino de Kenwetharu, hundido en un agónico espanto.

El sol brilló con fuerza a medianoche, augurando el principio del fin.

Las primeras ciudades atacadas fueron las del norte. El bárbaro venía de lejanas tierras, tan septentrionales, como opuestas a las vírgenes planicies del sud.

Montados sobre bestias, escupiendo fuego y con sádicas sonrisas, los barbaron invadieron el imperio. A su paso dejaban dolor y muerte.

Las mujeres, resistieron con grandeza y valor, ante un adversario carente de todo tipo de escrúpulos.

No hubo distinciones: viejas, enfermas, niñas, todas por igual fueron violadas, torturadas y asesinadas.

Las que lograron huir, se guarnecieron en los montes, quedando en sus manos la reconquista.

La majestuosidad del Imperio había sido reducida a cenizas. Sus orgullosas mujeres se vieron oprimidas por el yugo invasor, a

tal punto que ahogaban a las niñas contra sus pechos, y luego ingerían amanita, provocándose la muerte.

La princesa, había acordado con el general invasor, una tregua.

Se establecieron pautas de trabajo al servicio del opresor e indemnización por los costos de la guerra, en plata y piedras preciosas.

Centenares de montoneras fueron apresadas, en el momento que bajaban al pueblo con la intención de abastecerse, y ejecutadas. Sus cabezas empaladas, decoraban las entradas de las ciudadelas, con el único fin de corregir conductas subversivas y propagar el terror.

Durante diez largos y agobiantes años, el pueblo Kenwetharu fue sometido a la más brutal de las servidumbres.

Las revueltas eran continuas, el mal no lograba doblegar el espíritu libre del universo femenino.

Capítulo 5: Los barbaros

Los viajeros narraban historias espectaculares.

Se decía que, en último lugar del mundo, allí donde reina la inmensurable soledad, se había levantado un imperio, poblado tan sólo de hembras.

Se las describía como bellas y lascivas, capaces de secar, hasta la última gota de sangre del hombre que se le animase.

Se decía que luego de saciar sus deseos, lo fagocitaban en el más brutal canibalismo; y que igual suerte corrían los hijos varones que ellas paren.

El Imperio del Fin del Mundo, era visto, como colmado de vicios; maldad y obscenidades.

Era menester que la piadosa mano del hombre civilizado corriera en ayuda de las incautas bestias.

La sequía había diezmado a Cayusco.

Había que darle fin al calvario de la falta de agua, o por lo menos, emparchar tan desafortunada realidad.

Los Generales Isaurralde y Torrente, planificaron la expedición.

La versión oficial dijo que el ejército se aventura a lejanas tierras con fines expedicionarios. La realidad fue muy distinta.

Los primeros kilómetros recorridos, entre las ciénagas, fueron un verdadero calvario. Los insectos, se reproducían a una velocidad exagerada, provocando con sus picaduras, fiebre, delirio, llagas y, en algunos casos, hasta la muerte.

Pasado el pestilente lodazal, el camino se saturó de vegetación, convirtiéndose en una selva impenetrable.

El calor húmedo hacia fatigosa la marcha, demorando la tan anhelada expedición.

Los padecimientos, bajo la frondosa vegetación, fueron múltiples. Los pies se despellejaban, por el continuo contacto con el fango, la imposibilidad de dormir sobre el suelo hacía

que deban hacerlo en hamacas amarradas a los árboles. Los accidentes eran continuos. Dado que el clima tropical provocaba deshidratación, los hombres sufrían vividas pesadillas, que muchas veces causaban caídas de gravedad.

Durante el día, los peligros no cesaban.

Las bestias salvajes se sentían atraídas por los extraños visitantes, y los acechaban con sostenida paciencia, causando en estos, un lacerante terror.

La más extensa variedad de serpientes, habitaban tanto la tierra, como los árboles, e impartían pánico desde el silencio.

A medida que iban avanzando, la vegetación se iba perdiendo su opulencia, hasta llegar a ser pequeños arbustos, escuálidos y dispersos, para luego, convertirse en un inhóspito desierto. El cual extirpo de cuajo, las ambiciones de los expedicionistas.

Camino al sur, el clima dejó de variar. Ya los días eran tan fríos como las noches.

El monótono paisaje, que varía tan sólo de color, el viento marino, que aullaba sin descanso, el hambre y la incertidumbre, impregnaron la atmosfera de locura.

Las revueltas y sublevaciones eran moneda corriente, lo cual se remediaba con torturas y fusilamiento.

Creyendo todo perdido, algunos hombres desertaron, otros decidieron no continuar. Unos pocos lograron superar, los obstáculos, que la madre naturaleza les proveía a su paso.

Luego de un penoso viaje, los soldados del general Isaurralde divisaron la primera fortaleza.

Las mujeres salieron a recibirlos, indicándoles la importancia de no seguir avanzando. Al ver que desestimaban su advertencia, la guerra fue declarada.

La crueldad del barbaros se hizo manifiesta.

Los templos fueron saqueados y luego quemados. Las sacerdotisas, fueron violadas, y posteriormente, decapitadas sobre la piedra sagrada.

Envenenados de odio y desidia, los barbaros robaron, ultrajaron y asesinaron, a toda aquella que no mostraba temor. Impartiendo cruentas torturas, impusieron sus condiciones.

La sangre arterial, que fluía durante las decapitaciones, teñía el suelo salitroso.

El funesto olor a muerte se hacía tangible a kilómetros.

Tras la envestida, los exploradores, cargaban las mulas con el motín de guerra, esclavizaban a las sobrevivientes y quemaban las ciudadelas.

Los cuerpos tardaban en descomponerse, quedando como testimonios macabros de los abominables sucesos.

Diez años, llevó, doblegarlas en su totalidad.

La princesa había sido tomada prisionera.

Con la grandeza de su etnia, y con notable aflicción, la "elegida", negocio los términos de la derroca. La avaricia del hombre se hizo presente, dejándolas en la vulnerable posición de los vencidos.

Pagaron en plata y piedras preciosas los costos de la guerra, las sobrevivientes se dividieron entre los militares de mayor rango. Serían utilizadas como esclavas.

La esclavitud variaba de acuerdo con el amo. Algunas fueron vendidas como piezas exóticas, otras a zoológicos humanos, otras a museos, las niñas a los circos, las bellas a los lupanares, las viejas descartadas en el desierto, las fuertes a trabajos forzados en las minas de plata o tareas rurales.

Pero hasta llegar a sus destinos, debían caminar sin pausa por el desierto.

A medida que avanzaban, el grupo de mujeres se reducía.

La muerte las asechaba como un depredador. Ellas se dejaban devorar.

El plan de invasión y exterminio se había cumplido con bonanza.

Ahora sólo quedaba asentarse en las ciudadelas conquistadas y extender el horizonte de la Patria.

Capítulo 6: Planes de progreso

El negocio del agua había enriquecido a la familia, del ya retirado, General Torrente. Su socio y amigo, Fausto Isaurralde, se había perdido en una tumultuosa relación que, de a ratos, le cegaba la razón.

El progreso no podía detenerse, había que modernizar la nación. Para lograr tal fin, las líneas férreas debían extenderse, y de esta manera, comunicar con el resto del país, a las tierras anegadas.

Las vías fueron construidas con la mano de obra esclavizada, tras la caída del Imperio del fin del mundo.

La rica tierra austral, presentaba diversidad de minerales, metales y piedras preciosas. Los cuales habían sido, criteriosamente explotados por el pueblo ancestral de Kenwetharu. Pero el imperioso progreso, hacia menester una mirada mercantil más acorde a los tiempos que corrían.

Fue así, como toda la provincia de Simpay, sobrevivió a la sequía, y desbastó la más avanzada civilización que hubo en esas latitudes.

Bernardino, quien se dedicaba al contrabando de agua dulce, desde Kenwethare hasta el Cayusco; se convirtió en el poseedor de una cuantiosa fortuna. Pero sus planes de grandeza iban más allá de lo posible.

Fue así como ideo el proyecto que, trazaría el destino de todos los que por allí habitaban.

Decidió no compartir dicha empresa con Fausto, tenía la certeza de que el general había caído en el desvarío del amor.

Pero el padre Renato, hombre de fe, que estaba dispuesto a todo con tal de terminar con el salvajismo pagano, sería su más fiel aliado. Le fue expuesta la idea, justificada en la premisa de ganar tierras heréticas y convertirlas a la sagrada fe. El incauto hombre, acepto de inmediato.

El único estorbo, entre él y su grandilocuente plan, tenía nombre: Fausto Isaurralde.

Capítulo 7: Las hermanas Batista

Frente al pasaje de los simpones, justo ahí, donde la sombra de la basílica cegaba la noche, el general la esperaba.

Con suaves palabras, que describían con fervientes detalles su sentir; las enormes y varoniles manos, del gallardo caballero, la surcaban con tribulación, con el deseo salvaje y primitivo, que solo lo prohibido logra despertar.

Sin promesas. Reduciéndose a un mismo ser, que se ata y desata, que se agiganta y humedece, que se exaspera, ante la llegada del momento más hondo y más alto, para luego quedar saciado, vacío, solo. Así era el amor que los unía.

Lejos habían quedado los días de la inocencia, en que la cándida jovencita, miraba con pretensiones de novia, a quien nunca había dado señales de interés por ella.

Las largas caminatas por la alameda, intentando despertar en el General, algún destejo de interés. Las noches sin dormir

pensando en él, los suspiros sin aparente motivo, los paseos interminables con la sola finalidad de cruzarlo.

El inicio de la guerra tenía a todo Cayusco en vilo.

Los hombres, organizaban los improvisados batallones, preparaban las armas, planificaban estrategias.

Las mujeres, tejían mantas, cosían uniformes, bordaban escudos y banderas. También eran las encargadas de mantener los altares de la basílica, con flores, frutos y cirios encendidos.

Los bailes, las kermeses, los conciertos, entre otras muchas actividades, servían para juntar fondos con que sostener la empresa expedicionaria al Imperio del Fin del Mundo.

Fue junto en esos lugares, donde los jóvenes comenzaron a cruzarse.

La niña Batista, manifestaba un abierto interés por el General.

Él, buscaba una oportunidad de situarse dentro de la selecta sociedad de Cayusco. Contraer matrimonio, era el único medio que facilitaba el ascenso y estatus social.

Pero, antes de dar cualquier paso, debía asegurarse de que la candidata, estuviese interesada en transigir tal solicitud.

Decidido, escribió una misiva a la joven:

Señorita Batista

Tenga usted a bien, recibir estas líneas, que brotan de lo más profundo de mi corazón.

He buscado las mil formas, de acercármele, pero ante su sola presencia, la razón se me nubla, dejándome expuesto al ridículo papel de un hombre enamorado, que se paraliza ante el simple hecho de imaginarla.

Prendado de amor, ruego que considere la posibilidad de que vaya a vuestra casa, a solicitar, a su ilustrísimo padre, su mano en compromiso de matrimonio.

Bernardino Torrente.

Al sábado siguiente, el General Isaurralde se presentó en la casa de los Torrente.

Expuso sus pretensiones, describió en detalle los bienes con que contaba, y ofreció un compromiso con promesa de matrimonio inmediata.

Don Ceferino Torrente, escuchaba al retorico joven. Cuando creyó pertinente, lo interrumpió, expuso su alegato, y le negó tal privilegio.

El mandato familia de los Torrente, dejaba fuera de toda posibilidad de matrimonio, a la menor de las hijas. Ella sería destinada al cuidado de sus padres y de los futuros sobrinos.

Ya todo estaba dicho, sólo quedaba aceptar tal padecimiento.

Los infortunados amantes, se cubrieron de amor, de dicha, de goce. Olvidando, por unos instantes, la temeraria realidad.

Cartas, atiborradas de procaces palabras, iban y venían; alimentando el desaforado amor.

Los cuerpos ardían por separados. Desorientados, dibujaban con sus manos la piel del otro, entre caricias frenéticas,

sintiendo la dulce sensación del éxtasis, se dormían, en total soledad.

A las miradas cómplices, con confesiones epistolares; le siguieron los encuentros furtivos, con el solo fin de sentirse, hasta terminar, devorándose.

El dolor de cada despedida hizo insoportable los espacios entre cada encuentro. Suspendidos, absortos, abstraídos, así sobrevivían a la distancia. Retoñando, tan solo, en los breves espacios compartidos.

Con la inminente necesidad de estar juntos, deciden aceptar el mandato familiar.

Si es la mayor la que se debe casar, así se hará.

Bernardino Torrente y Mustia Batista, se casaron ante un pueblo que vitoreaba sus nombres. El héroe de la reconquista, la virtuosa niña de alta sociedad, unieron sus vidas bajo el sacramento sagrado, dejando a un lado la falta de amor.

Bajo un mismo techo, compartiendo el mismo aire, con la complicidad de una vieja casa, plagada de pasadizos y lugares secretos, los encuentros fueron diarios.

Los jóvenes, caminaban sigilosos, movidos por el deseo más primitivo. Era un secreto a voces, pero, cada uno actuaba con la indiferencia de lo desconocido.

Los siervos, eran los cómplices involuntarios. Aunque jamás se les había comunicado la provocativa relación, estaba en manos de ellos, que Mustia no se enterara, o por lo menos, no tuviera que darse por enterada.

Para el viudo Torrente, todo estaba en orden. La mayor de sus hijas casada, con un prometedor militar. La menor permanecía soltera, a disposición de las necesidades de la familia. Aunque algo en su entendimiento estaba fallando.

Los ruidos se tornaban aterradores. Las cortinas se movían, sin causa aparente. El agua de las tinajas se evaporaba. Los

gemidos satánicos lo invadían todo. Don Ceferino creyó enloquecer.

Sigiloso, apoltronado tras la puerta, como intentando estar al resguardo de los espíritus que invadían, cada noche, los laberinticos pasillos de la casa. Muchas veces creyó ver a su esposa. La difunta se contorneaba con la audacia de una gacela, tiritando de placer, como nunca en el plano terrenal.

Decidió callar, no era pertinente hacer públicos sus delirios.

La noche anterior a su partida, Ceferino tenía un aspecto perturbador. A los 70 años, era pertinente el buen descanso. Pero ¿Cómo lograrlo en una casa invadida de espectros libidinosos? ¿Cómo conciliar el sueño mientras su esposa aparece, tal cual era a los 20 años, enardecida y exultante? ¿Cómo, mientras la observa cabalgar con furia, sobre un macho endemoniado?

Aunque no veía sus rostros, sabía que era ella. Cómo no reconocer la línea perfecta de su espalda, sus muslos

apretados, la redondez de sus caderas, el movimiento espasmódico de su goce. Pero esta vez, salió de su escondite, y se animó a enfrentarla.

- ¿A qué has venido mujer? ¿Cuánto más vas a castigar mis infidelidades?

Los amantes se desenredaron, y se esfumaron bajo el amparo de la oscuridad.

Los gritos de Ceferino retumbaban entre los muros de la vieja casona.

- ¡Ana! ¿A qué has venido? ¡Ana, vuelve al infierno, maldita mujer!

Nada pudo detener el demencial proceder del anciano.

Tras largos coloquios, la familia Batista Torrente, decidió, que era menester llevar a Don Ceferino a la casa de los borrascos

Allí, alejado de todo lo que le recordaba a su difunta esposa, rodeado de la tranquilidad del campo y de la cordialidad de sus siervos; lograría recobrar la cordura.

La ausencia del padre hizo que Prudencia dejara de cuidar ciertas formas.

Tras dormirse Murcia, dos cuerpos ardían al límite, entre el amor y la lujuria. Sin esconderse, desnudos, enmarañados; se sentaban sobre el tejado a observar la infinitud del cielo, aferrados a la idea de que, estando juntos, el tiempo se detenía. Pero no. Al salir el sol, los amantes limpiaban de sus cuerpos, los despojos de amor, y sin mirar hacia atrás, emprendían el día, cumpliendo a raja tabla el papel que les tocaba.

Bernardino, hablaba con arrogancia, como un ser alejado de todo pecado.

Prudencia, gobernaba la casa, cuidaba a sus sobrinas, y realizaba todas las tareas pertinentes a una buena mujer.

Al poner en marcha la empresa expedicionista, los amigos Torrente e Isaurralde emprendieron en camino hacia el Imperio del Fin del Mundo.

El insoportable peso del amor secreto dejaba en Bernardino un aspecto de ausencia. Las preguntas debían ser vueltas a formular, dado que en el primer intento no comprendía. Olvidaba la importancia de comer, de beber agua con regularidad, de asearse.

Prudencia ocupaba todo su entendimiento.

De a poco, su débil cuerpo, junto a su frágil cordura, se fueron de la mano.

Los hombres habían acampado sobre el desierto arenoso, contiguo a la selva impenetrable. Bernardino no detuvo su marcha, siguió hasta desaparecer, en el desdibujado horizonte.

La brutal variación térmica a la que eran sometidos, sumado al agotador camino por la selva, no permitió que salieran en su búsqueda. Lo mejor sería esperar el amanecer.

Pero fue en vano, nada se supo de Bernardino hasta el día de la invasión.

……..

No podía detenerse, el dolor que causaban las laceraciones de sus pies distraía sus sentidos, del agobiante amor. Necesitaba seguir, con la esperanza de encontrarse con el precipicio que indicaba el fin de la tierra.

Pero, no encontró nada más que arena, y más arena. Luego seguida por una tierra, tan infinita como la anterior, pero arcillosa; más tarde muto a salar blanca. Fue ahí, cuando sus fuerzas cedieron y cayó abatido.

Las imágenes, de los primeros días, son difusas.

Su deshidratado y débil cuerpo, jugaba con su mente, no permitiéndole distinguir lo real de lo imaginario.

Los sentidos, que, a causa del desamor, estaban adormilados; resurgieron con fragor.

Los sabores se intensificaron, al punto de que, con sólo recordar, su boca se llenaba de espesa saliva.

Manjares, nunca degustados, vestían sus opulentos banquetes. Bebidas coloridas, frutas exóticas, pasteles de variados sabores y formas, verduras cocidas y crudas, presentadas con magnificencia; eran servidas sobre tablas de piedra, artísticamente talladas.

Las anfitrionas, no escatimaron en atenciones hacia el general. El cual, ante tan placentero escenario, no tardo en recuperarse.

Tras el paso de los días, el intercambio cultural fue inevitable. Lograron comunicarse a través de la laboriosa tarea de aprender, mutuamente, sus idiomas. Pero en brazos de Wani, el entendimiento era inmediato.

El hombre, que había huido de Cayusco escapando del amor; lo había encontrado nuevamente, en una mujer mucho menos conveniente que su cuñada.

Las mujeres kenwe no sabían de mentiras, de engaños, de maldad. ¿Cómo dominar a esta infranqueable mujer? ¿Cómo hacerla su querida sin que ella lo dejara en evidencia? ¿Cómo adoctrinar su genio libre e imperturbable?

Al llegar ante las murallas, los expedicionistas, se encontraron con un grupo de sonrientes mujeres, las cuales señalaron el camino de regreso a manera de advertencia.

Los hombres sonrieron, y con la arrogancia de conquistador, penetraron la cerca perimetral de la ciudadela. Lo que luego aconteció, es historia a parte.

Bernardino antepuso la Patria a Wani, dejándola expuesta a los fuegos cruzados.

Las suyas la culpaban de ser una informante, una interprete, una apátrida. Los militares la veían como una Kenwe más, por ende, no tenía derecho alguno sobre sí, ni sobre sus posesiones.

Ante tal desolación, esperó cautelosa, el momento oportuno para terminar con el calvario.

Los días cálidos trajeron una tregua. Algunos soldados, cargaron sus bestias, con cuanto objeto de valor había, y regresaron tras sus pasos. Otros, se quedaron para establecer el nuevo orden, en el cual, las mujeres kenwe, pasaban de ser soberanas a siervas.

Bernardino mostró su temperamento impiadoso, desangrando las lejanas tierras.

Wani, surcó su vientre, con una afilada pieza de obsidiana. Arrancó de sus entrañas a la hija que concibió con el mal, desgarró con los dientes el lazo que las unía, y se dispuso a morir.

Los gritos de dolor se fueron extinguiendo, dejando paso al feroz llanto.

Al llegar el general, la encontró tendida sobre el espanto, vestida, tan sólo, con su propia sangre. A su lado, una niña saludable, se aferraba a la vida.

El general Isaurralde, junto a su batallón, siguió camino. Doblegando con violencia, las demás ciudadelas del Imperio del Fin del Mundo, asegurándose un lugar importante dentro de la historia fundante de la Patria.

……

El baño se extendió más que de costumbre, acarició sus piernas, las enjabonó y acicaló con esmero, cada recóndito lugar de su geografía; con la presunción de que él, estaría tan ansioso como ella.

Con delicado obstinamiento, trenzó su cabello, para luego sujetarlo hacia atrás en un enorme y soberbio rodete. Al cual vistió con una diadema de zafiros, en concordancia con la joyería que enaltecía su cuello.

Vestida de terciopelo negro, con polvo carmesí en sus mejillas y oliendo a flores, Prudencia recibió, al pie de la escalera, al esposo de su hermana, General Bernardino Torrente; y al mismo tiempo, al hombre que amaba con insoportable desesperación.

La frialdad del hombre, le ulcero el corazón, dejándole una sensación de llanto reprimido, que no la abandonaría hasta el día de su muerte.

Tras él, una mujer con apariencia sombría daba su entrada. En brazos de la impávida, un bebé, que tenía por gracia: Pilar Torrente.

Shani, había marchado junto al batalló, que regresaba a Cayusco tras la primera expedición. La noble mujer, cuidó de la niña durante el tormentoso camino, anteponiendo, las necesidades de la pequeña, a los propios.

Las hermanas Torrente, no salían del asombro. No lograban reconocer a Bernardino, en aquel hombre que regresó de la expedición al fin del mundo.

Sin dar explicaciones, dispuso que la niña fuera criada como hija legitima del matrimonio, y asistida por la kenwe. Luego calló, no permitiendo que nadie volviese a hablar del tema.

Mustia enfermó tras el regreso de su marido.

La falta de amor no había sido impedimento para sostener el sacramento, tampoco el ser obligada a criar como propia a la bastarda, pero el ambiente blasfemo que se respiraba, eso no lo podía soportar.

Prudencia, en cambio, intento por todos los medios, recuperar las mieles del pasado.

Sobreactuaba el papel de mujer buena y abnegada. Pasaba días enteros en la cocina, intentando agasajar al hombre de la casa. Redactaba misivas procaces, con el afán de persuadirlo. Cada noche, preparaba su cuerpo cual meretriz, esperando el

regreso del amante. Ante la negativa continua, Prudencia de agrió como un vino viejo, convirtiéndose en una mujer carente de todo atractivo.

Bajo el amparo de Shari, la pequeña Pilar se convirtió en una niña feliz. El secreto de su origen quedaría, eternamente sepultado tras las aguas del diluvio.

Bernardino hizo oídos sordos a las insinuaciones de su cuñada, y logró concretar el matrimonio con Mustia.

A los 31 años, la mayor de las hermanas había despertado el interés de su esposo, que, aunque casi por compromiso, con total frialdad y, hasta un poco precoz, pudo brindarle un encuentro que los sellaba como un solo cuerpo.

Cada noche, sábana de por medio, los esposos cumplían con sus deberes maritales. Acallando las voces intrigantes e indiscreta de los siervos, y, agravando, el estado luctuoso de Prudencia, que odió a Bernardino, con la misma pasión con que lo había amado.

La enfermedad de Mustia no era más que el estado de gravidez, que su falta de experiencia, no le habían dejado percibir.

La llegada de Angustias fue celebrada por toda Cayusco.

El abuelo abandonó la casa de los borrascos, para disfrutar de su pequeña nieta, que, a diferencia de la primogénita, tenía un parecido asombroso con su hija.

Fue así, como el destino de las virtuosas hermanas Batista, se fue entrelazando, con amores prohibidos, deseos reprimidos, mentiras piadosas, verdades crueles y un hombre, con la capacidad de destruir, todo lo que tocaba.

Capítulo 8: La traición

Tras años de expedición, el General Torrente deseaba dejar todo atrás, y volver a Cayusco.

Era necesario olvidar, inventarse una nueva vida, en la cual las pasiones quedaran relegadas.

Los mejores años, los había dedicado a la empresa expedicionista, que, sumado al contrabando de agua, lo habían convertido en un potentado. Pero la ambición desmedida de Bernardino, lo llevaron a extremos de crueldad, que jamás, ni el mismo, hubiese imaginado.

Los amoríos de Fausto con la kenwe, los había alejado. Su amigo de años se convirtió en un ser desconocido, capaz de olvidar los principios de la Patria, el honor militar, y hasta, de su reticencia a los compromisos.

Prendado por Leninwe, el General Isaurralde había viajado a Cayusco con el fin de reunirse con las altas autoridades del Tribunal del Impartidor, máximo organismo civil y militar.

Aunque era un asunto que incumbía al ámbito de lo personal, sus peticiones se habían diseminado por toda la provincia del Simpay.

Requería la autorización para casarse con la guerrillera, lo cual, a Bernardino, le pareció una provocación de parte de Fausto.

Por un lado, de un militar de su rango y linaje, se esperaba que eligiese una cristiana de buena familia; por otro, mantener con vida a la mujer que lideró la resistencia del pueblo Kenwetharu, podía causar revueltas, sublevaciones, al margen que mantendría viva la esperanza de reconquista.

Estaba determinado a darle un corte a tan incoherente situación.

Sus ambiciones de poder, no se limitaban, tan sólo, a anexar el alejado imperio; sino, consideraba que las tierras debían ser repartidas entre los altos mandos militares. Su proyecto, contemplaba, la posibilidad de llevar colones Cayuenses, para

explotar los recursos y repoblar la región, y de esta manera, expandir la cultura civilizada y la religión.

Bernardino compartió su plan con el padre Renato, quien lo vio con buenos ojos.

Para el religioso, era fundamental que la fe le ganara tierras al paganismo, y solicitó, al Sumo Pontífice, apoyo económico y espiritual para las tropas expansionistas.

Con la espada en una mano y la cruz en la otra, las tropas al mando del General Galarza pusieron en marcha la macabra maniobra.

El padre Renato, encomendó la tarea evangelizadora a un sacerdote del Simpay. El dogmático y ferviente hombre, apuntaló la empresa, dándole un oportuno sentido místico.

Era menester que las mujeres kenwe no se dieran cuenta, de que serían llevadas hacia la muerte. Por lo tanto, se las obligó a marchar por el desierto, con la excusa de reubicarlas en otras regiones, más cercanas a la Capital del Estado de Simpay.

El siniestro plan de exterminio consistía en; eliminar a las más débiles, a través de las caminatas de la muerte; las sobrevivientes serían destinadas a trabajar como siervas, y, para las subversivas, el fusilamiento.

Limpias de todo paganismo y de ideas revolucionarias, las nuevas tierras, serían la fuente de recursos que asegurarían la eterna gloria de Cayusco.

Por lo tanto, era absolutamente necesario, que el General Isaurralde no consiguiera el beneplácito del alto tribunal.

Operarían con rapidez, aunque después, debieran excusarse delante de las autoridades.

……..

La caída del imperio había dejado en Leninwe, una sensación de tristeza, mezclada con rebeldía, que la hacía, potencialmente peligrosa.

La debilitada mujer, no se daba por vencida.

Pasaba horas en el más profundo silencio, dejándose llevar por los pensamientos.

Sabía que Cayu las quería fuertes, soberanas, orgullosas de su condición de mujeres, libres y, sobre todas las cosas, seguras de la perfección de su universo.

Ante tanta crueldad, sus fuerzas habían menguado, al punto de no poder mantenerse en pie.

Su mirada felina seguía intacta, siendo el reflejo más preciso, de la mujer que fue. Debía acordar con los generales la tregua, hablar con su pueblo y persuadirlo de no mostrar hostilidad. Pero ¿cómo convencerlas de ceder, después de lo vivido?, ¿Cómo, ¿cuándo se ha perdido todo y lo único que les queda es la dignidad?; ¿Cómo dejar atrás la indignación que les causaba, el evidente placer de los conquistadores, ante actos de crueldad extrema? ¿Cómo olvidar sus viles miradas, sus ruines manos, sus atroces palabras?

Los ruidos del exterior le producían una incertidumbre colosal. Quería creer en Fausto y en sus buenas intenciones, pero lo sabía solo contra un mundo desfavorable.

Desde que el general marchó hacia Cayusco, su suerte había cambiado.

Galarza no era de fiar. Tenía la rudeza que da la ignorancia, un cuerpo tosco, y maneras primitivas. Lanzaba repugnantes palabras, seguidas por una carcajada brutal, que la horrorizaba.

Los interrogatorios se habían vuelto una rutina. Comenzaban con las mismas preguntas, para las cuales Leninwe no tenía respuestas:

- ¿a qué demoño veneran? ¿Qué pacto han hecho con el maléfico? ¡Sabemos que este Imperio es obra del innombrable!

Ante la falta de respuesta, el General se exasperaba, y comenzaba con la más cruenta gama de torturas.

La kenwe continuaba en silencio, sólo interrumpido por los frenéticos lamentos que, tales tratos le arrancaban.

El sanguinario General, junto al padre Poncio, clamaban por justicia divina, propinándole cargos tan atroces como ridículos.

Con una moral, que no les era propia, las guerrilleras fueron acusadas de herejes, brujas, sodomíticas, homosexuales y adoradoras del maléfico.

Calificadas con palabras tan alejadas de su concepción del mundo, como inexistentes en su cultura.

El silencio de las acusadas los habilitaba a infringirles bestiales castigos.

Desnudas, apaleadas, y suspendidas en el aire, con sus manos atadas por detrás de la espalda; las reas escucharon su sentencia.

Sus corazones se aceleraron, al percibir el final. Pero ante el girón de la cuerda, que las subió unos metros, para luego

dejarlas descender, con todo el peso de su cuerpo sobre los brazos, no soportaron el dolor de sus desconyunturadas muñecas, y se desvanecieron.

Despertaron sobre los carros que las transportaban cual saco. Los cuerpos se apiñaban en busca de calor.

El silencio sepulcral, era apenas interrumpido por el castañeo de sus dientes, que alternaba, con sollozos de espanto. Paralizadas, con la mirada fija en el camino escarlata, que iban pintando con sangre; las guerrilleras fueron empujadas del carro y obligadas a caminar.

No lograban avanzar. Sus cuerpos despellejados, se incendiaban de dolor, ante el feroz viento helado, sus cráneos lacerados, sus brazos atados, la indigna desnudez; hacían de la muerte, la única salida.

Conscientes de su exterminio, las feroces guerrilleras cantaron a Cayu, hasta que el odio del hombre las callo para siempre.

"… y vino el mal a sobrevivir en las tinieblas, y la duda en el lodazal.

Simpay corrió sin descanso, sin darse cuenta, que las llagas de sus pies dejaban una línea escarlata.

El mal y la duda siguieron la huella dejada por la mujer, y al encontrarla, convirtieron las bendiciones en calvario.

Cayu vio a las descendientes de Simay, invadidas por la oscuridad y les envió la muerte a socorrerlas…"

Tercera parte del Imperio del Fin del Mundo

La última kenwe

Capitulo1

Como último signo de entrega, se despojó de las pocas joyas familiares que le habían heredado.

Buscó motivos para no aceptar, pero el humo blanco ya había sentenciado.

Se arrodilló en el altar, con su impecable túnica blanca, y agradeció al Altísimo tal beatitud.

-Magdalena I, así he de llamarme- Proclamó la Sumo Pontífice.

Los cardenales besaron su anillo, en señal de respeto y obediencia.

Habían pasado 42 años desde que su padre, la dejara en un convento, respondiendo a los deseos de entrega, que, desde muy niña sintió.

La sede pontificia, mostró resistencia a la idea de una mujer en tan honorable lugar, pero, Sor Helena, no escatimó esfuerzos, a lo largo de su vida, para llegar donde está.

Con las manos sudorosas, sostenía el rosario y la esclava de plata de su abuela Virtudes Torrente. Los amplios pasillos marmolados, la guiaron hasta el balcón.

La enormidad de su ser iluminó la plaza. El sol se opacó ante ella.

El cardenal Salvatore proclamó:

- ¡Ave mus papisa!

La plaza en su totalidad agradeció al misericordioso la llegada de un nuevo mundo.

…….

La presión de tener que tomar los votos definitivos, sumado a la frágil salud de Virgilio y la demencia de su añosa abuela, habían hecho que pidiera un permiso especial a la orden de la Sagrada Lluvia.

Pasaría la temporada invernal junto a ellos, y, meditaría la decían a tomar.

La paz que anhelaba lograr se vio sucumbida por la obsesión de llegar a la verdad.

No soportaba la idea de que su amada abuela, muriese con tanto dolor. Hasta llegó a creer que los males que aquejaban a su padre tenían estrecha relación con su martirio.

Releyó los legajos. Le era imposible creer en tanta brutalidad y, recordó, las muchas veces que le habían narrado lo sucedido

Dispuesta a redimirla, la joven, buscó testigos de lo acontecido durante los veinte años posteriores a la sequía mortal.

Pero, nadie había sobrevivido. El diluvio mortal los había llevado a todos.

Sor Helena, única descendiente de los Torrente, estaba convencida de que la Santa, había sido una oportuna invención. Pero ¿Cómo probarlo sin testimonios? ¿Cómo, si los documentos del Tribunal del Impartidor la culpan de hereje?

La joven monja, fue tras los pasos de la Santa.

En los pueblos aledaños a las ciénagas del Simpa, los recuerdos borrosos, comenzaban a tomar forma. Hasta lograr recrear su apariencia.

Virtudes era pequeña, de cara angulosa, boca en forma de corazón y tez blanca. Por un reliquiario, que contenía un rizo, supo que era castaña. Algunos retratos, algo deteriorados, muestran sus ojos redondos con espesas pestañas.

De sus milagros poco se sabía, más allá del hecho que llego bendecida por la lluvia.

Algunos recordaban las grandes festividades en su honor.

Todos, la última procesión.

Los detalles la desconcertaron.

Analiza los hechos: Virtudes Torrente había nacido bajo la lluvia que terminó, con la sequía mortal, y del vientre yermo de una mujer de 48 años.

Fue proclamada santa, ni bien había llegado al mundo. Luego, se le adosaron un centenar de milagros: curas del mal de la ciénaga, embarazos, grandiosas cosechas, progreso y prosperidad en las tierras entre las ciénagas del Simpa.

Pero, se preguntaba si era ella la que había cambiado el destino de Cayusco, o el tan anhelado chubasco

Sor Helena, organizaba sus ideas.

Sabia, que pasó los primeros 13 años al cuidado de su familia. Que luego de mantener una querella, la iglesia se quedó con la custodia de la santa.

Sabia, que su hermana Pilar, era la encargada de los actos rutinarios de la santa, como así también, de acompañarla en las procesiones y bendiciones.

Sabía, que nunca se encontraba en soledad. La santa era acompañada, hasta cuando dormía.

Sabía, que nadie, fuera del convento, tuvo contacto con ella.

Sabía, que parió en plena procesión, con notorias señales de desconcierto y estupor.

Sabía, que, al ser acusada por el tribunal del impartidor, no pudo explicar lo acontecido; y que jamás culpó a hombre alguno, aunque se le ofreció una pena menos dura, si entregaba al incauto.

Sor Helena no llegaba a comprender como era posible que se hiciera cargo de un acto compartido, aunque esto la llevara a la horca. Si fue así, realmente, era una santa, concluía.

La abuela Angustia le había contado, infinidad de veces, detalles que no constaban en ninguno de los informes oficiales

. De boca de ella, supo, que Virtudes había nacido la misma noche que el hijo de Pilar, del cual nunca se supo nada. Que la pequeña santa, mostraba sobradas pruebas de agotamiento y tristeza; que siempre fue ingenua y apocada, que no se le permitía jugar, ni hablar, ni decidir qué comer, ni cuando hacerlo. Remarcaba el hecho de que, el día que fue en busca de

Virgilio, el padre Renato le comentó sobre sus pesadillas vívidas, y, de los estigmas sangrantes en sus genitales.

También, que el médico que la evaluó concluyó que Virtudes había sido víctima de todo tipo de abusos.

……..

Se encontraba postrado y ciego. Ella se acercó con cautela, intentando no sobresaltarlo.

-Tenga usted santos días- proclamó Helena

- ¡Válgame Dios! ¡Tu voz es tan parecida a la de ella! - acusó en anciano, mientras se incorporaba.

-No fue mi intención asustarlo. Veo que sabe quién soy.

-Por supuesto, me han leído sus pedidos, y la espero desde hace días.

-Como ya sabrá, estoy investigando el caso de mi abuela Virtudes. Sé que usted fue su amigo, confidente y único amor; además del médico que la evaluó.

- ¿Todo eso fui? - sonrío el anciano.

-Usted lo sabe mejor que nadie.

Suspendido en una pausa eterna, Fredo refregó sus ojos, como intentando disimular las lágrimas, aspiró una enorme bocanada de aire, y continuó.

-Llegue a Cayusco algo turbado, mi esposa había muerto, necesitaba mantenerme ocupado para no caer en la tristeza que me causaba su ausencia. ¡Y vea usted mi suerte!, vine a hallarme en igual desgracia pocos años después.

El doctor recordó su primer encuentro. La describió como frágil, inocente, confusa, carente de razonamientos lógicos, plagada de un mágico misticismo. Incapaz de discernir entre lo real y lo imaginario, y, absolutamente confiada.

Recordó, cual ofendida se sintió cuando él, le sugirió algún tipo de abuso o engaños, por parte de su familia o de orden religiosa.

Recordó, como surgió entre ellos, tan noble sentir.

El anciano, levantó la cabeza, como intentando proyectar la voz, más allá de la habitación;

- ¡Clara, trae mis cuadernillos de anotaciones!

A los pocos minutos se abrió la puerta, y entró la mujer que la recibió al llegar.

Llevaba en sus manos, una pila de cuadernos desgajados, que olían ahumados y terrosos.

-Toma, lee, ahí tiene mis apreciaciones del momento. Como se habrá dado cuenta, estoy privado de la visión, por tal infortunio, no puedo hacerlo yo.

Los detalles eran atroces; al momento que el doctor Fredo Damazo la evaluó, habían pasado, por lo menos, 10 días del parto.

Su cuerpo presentaba laceraciones en los genitales, quemaduras en sus miembros, pústulas en la espalda,

excoriaciones en sus mamas. Como aclaración al margen, había una pequeña nota: “desconoce cómo llegó a tal estado”

El sólo pensar en una posición demoniaca la horrorizo. Las señales eran evidentes.

Partió de esa primera hipótesis, pero al buscar en los registros del momento, no se había tenido en cuenta tal posibilidad.

Desde que su padre le narró la historia familiar, creyó precisó devolverle la dignidad a su abuela. ¿Una joven abusada o poseída? ¿Una hereje adoradora de satán o una simple mujer enamorada?

Lo cierto es que Virtudes terminó en la horca. Su hijo, el cual parió en plena procesión, criado por su hermana Angustias y su marido, el General Fausto Isaurralde.

Virgilio ignoró su origen, hasta pasados los diez años. El hijo de la santa de Cayusco, vio alterada su concepción del mundo. Pasó de ser, el hijo de un matrimonio ilustrísimo, al bastardo de una monja.

La melancolía lo invadió todo, el diluvio que había barrido con Cayusco, ahora estaba inundando su ser.

Fue menester alejarse, fue así, que decidió partir hacia el viejo continente

Los tres meses en barco sirvieron para espantar los fantasmas del pasado. Los malestares físicos eran tales, que, entre vómito y vómito, pocas ganas quedaban de pensar, en lo que ya, no tenía remedio.

Lo recibió una ciudad, surcada por el progreso, los artistas callejeros, los teatros con coristas desnudas, los carteles luminosos y verdes tranvías.

Las calles olían a pan y café, las mujeres lucían trajes al cuerpo, altos tacones, y bocas dibujadas en color carmesí. Se preguntó qué esconderían detrás de tanto artificio.

Los más destacados miembros de la capital foránea lo esperaban con expectación. Era el único hijo de Fausto Isaurralde y Angustias Torrente.

De delicada apariencia, ojos almendrados que dejaban entrever un dejo de nostalgia; mediana estatura, cuerpo atlético y abundante cabello rojizo. De modos caballerosos, y evidente educación, el joven Isaurralde, era un hombre deseable.

Los primeros rudimentos, los adquirió junto a su madre.

Angustias era una amante de los clásicos de la literatura mundial, a los que alternaba con filosofía y, las tan en boga, ciencias naturales.

Apenas entrada la mañana, Virgilio se dirigía hacia la añosa biblioteca familiar, donde comenzaba sus jornadas de estudio.

A falta de niños con quienes jugar, su mundo se reducía, a "Las aventuras de Huckleberry Fin" y al universo fantástico de Julio Verne.

Por la tarde, el General lo llevaba a montar, dos veces a la semana tomaba clases de esgrima, y, los sábados era el día dedicado a cazar; lo que hacía con notable desgano.

Es que Virgilio mostraba un alma piadosa, caritativa, complaciente y abnegada, lo que lo convertía ante Fausto en un: “marica”

Padre e hijo, mantenían una relación vertiginosa, que alternaba entre periodos de tolerancia, a otros, de abiertas confrontaciones.

Angustias no compartía el arcaico pensar de su marido. Para ella, el carácter níveo de su hijo se debía a su extrema sensibilidad artística.

Lo cierto era, que, de Virgilio, podían sentirse orgullosos.

Desde su primer encuentro, en el convento de Cayusco; al matrimonio lo invadió una ternura inmensurable.

Virgilio se hallaba junto a su madre, en un claustro oscuro y mal oliente. Su cuerpo raquítico, transparente, helado, sus manos cerradas en forma de puño, a las cuales chupaba desesperado.

Envuelto en un retaso de lienzo, sin más abrigo que los brazos de su madre, estaba condenado a morir. Parecía mentira, que no hubiese piedad, aunque más no fuese, para el niño.

Virtudes vestía una túnica sucia, con rastros del sangriento parto; el cabello enmarañado, marcadas ojeras, descalza y con un temblor, que no le permitía hablar con fluidez.

El encuentro de las hermanas Torrente, después de unas vidas separadas, estuvo atestado de gestos de afecto. Con las manos entrelazadas sobre el niño, las mujeres parecían conocerse de memoria.

Angustias, se quitó la capa de terciopelo azul, y los cubrió. Arrodillada frente a su pequeña hermana, lloró espantada de sólo imaginar su calvario:

- ¡Mi pequeña! ¿Qué te han hecho? - exclamó, la tierna mujer.

-No entiendo cuál fue mi falta, pero, por cómo me han castigado, debe ser muy grave. - Respondió Virtudes, con voz entrecortada.

- ¿Has visto a nuestros padres?

-No me lo permiten, nadie me ha explicado el por que

-Me mandaron a llamar, tendré que llevarme a tu hijo

-Me lo han hecho saber. Agradezco al Misericordioso la piedad que ha mostrado.

-Cuesta creer en un Dios que ha permitido tantas miserias en nuestra familia.

- ¡No digas eso, que Él todo lo escucha!

-Si realmente me hubiese escuchado, nuestro destino sería otro. ¿Cómo es posible que las dos pagáramos por los errores de Pilar?

- ¿Pilar? ¿Qué tiene que ver ella en todo esto?

-No debería decírtelo, pero ante tan oscuro porvenir, creo que mereces, aunque más no sea, la verdad.

- ¡Mi querida Angustias! El mundo proclama verdades, pero vive de las mentiras. No más, basta con verme. Si bien, mi fe sigue intacta, he dudado de cuanta cosa han dicho de mí, durante estos veinte años. ¿Cómo saber si soy una santa, si me proclamaron como tal, apenas llegada al mundo? ¿Cómo saber si he cometido lascivia, si no me han dejado ni siquiera bañarme sola, aterrados por la idea de que tocase mi desnudez? ¿Cómo saber si me ha poseído el diablo, si desde que caí en desgracia, hasta él me ha abandonado? Solo me queda creer en usted y en su distinguido esposo.

Les ruego que amen a este niño, sin limitarse a pensar de quién es hijo, porque, ¡ni yo misma se quién soy, ni quien es su padre!

Ante tan desgarradora exposición, Angustias calló, guardando para sí, el más retorcido de los secretos familiares.

Capítulo 2

Los ácaros que inundaban las viejas hojas hicieron que Helena, pospusiera su frenética lectura.

Los cuadernos aportaban datos tan morbosos, como subjetivos. El sentimiento que unía al doctor con la santa se evidenciaba en su altiva defensa.

Con detalles, que rosaban el grotesco, pudo saber, no sólo el estado lamentable de desnutrición y maltrato, sino también, el ambiente en el que se desarrollaba la vida de la monja.

Las notas, aportaban datos de otras mujeres, con padecimientos similares.

La hermana Piedad, había ingresado a la orden en la misma época que Virtudes. Compartieron, no sólo la celda, sino también un destino trágico, que, en el caso de esta última, habría terminado en el traslado a las tierras aledañas a las ciénagas de Simpa.

¿Los motivos? El deterioro mental de la misma.

Se dejó documentado, que, durante esos años, al menos ocho novicias habrían sufrido posiciones demoniacas.

La lectura de los manuscritos del Doctor Damazo, sumados a los registros de la orden, dio luz a puntos ciegos que la Hermana apuntó en su diario:

- En todos los casos, las víctimas eran visitadas durante la noche.
- Presentaban confusión al despertar.
- En sus cuerpos había pruebas materiales de sus vívidos sueños.
- En dos de las "victimas", además del de Virtudes, el calvario término con un parto inesperado.
- Todas las desdichadas estaban bajo la guía espiritual de Sor Pilar.

Las verdades a media le provocaban desesperación. Estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario, su familia merecía eso y mucho más

En busca de más pruebas, viajó hasta Paloy. Un pueblo que creció sobre la ciénaga este.

Allí se encontraba una de las sobrevivientes.

Helena entró con suavidad, intentando no alterar el senil ambiente. Cubrió, con el género de su manga, la nariz, y respiró, en todo momento por la boca. El hedor a orina y vómito envolvía la celda de la penitente, de una atmósfera pestilente.

Aislada, sin más contacto con el mundo que una pequeña ventana enrejada, se hallaba la vetusta anciana. Vistiendo una deteriorada dalmática color morado; un rosario de semillas entrelazado en su mano izquierda, un pequeño pañuelo en la derecha, con el cual se secada la saliva blanca, que se le depositaba en la hendidura de los labios.

De rasgos brutales, boca hundida por la carencia de dientes, ojos blanquecinos, tez verdosa, como la que tienen los que padecen algún mal vesicular.

-Sor Piedad, buenos y sagrados días- dijo Helena, intentando entrar en conversación.

-Buenos y santos días- Respondió la sombría anciana, mientras intentaba persignarse.

-Se la ve muy bien- agrega con notoria falsedad.

-Vea usted, que, aunque no cuento con espejo, percibo mi ruina- sonríe con sarcasmo.

-La belleza va más allá de un cuerpo

-Usted no conoce nada sobre mi ser, ¿cómo puede hacer tales apreciaciones? Sé cuál es el motivo por el cual ha venido. Le recomiendo mi querida, que deje todo en su lugar. No va a revivir a nadie, hurgando por donde no la han llamado. Piense,

que el pasado vive en la mente, y si nos aferramos a él, pierde sentido la existencia.

-Lo mío no es mera curiosidad, busco esclarecer, los hechos acontecidos hace 50 años en el convento de Cayuco.

No puedo creer en las versiones oficiales, que redujeron un sinfín de hechos encadenados, al accionar equivoco de una sólo mujer, Virtudes, mi abuela paterna.

- ¿La santita era su abuela?

-Sí, soy hija de Virgilio, hijo natural de Virtudes, hijo de crianza de Angustias Torrente y Fausto Isaurralde.

-Pensé que al bastardo lo había matado el pueblo, el mismo día de la procesión.

-Afortunadamente, pudieron salvarlo. Aunque, por lo que se documenta, el pueblo quería quemarlos a ambos.

-Si, a los otros niños los dejaron en el túnel. No hay ser humano, que pueda quitarle la vida a un crio, no se puede. Lo más piadoso era dejarlos allí, para que el Altísimo dispusiera

- ¿En el túnel?

-Sí, el que comunicaba el monasterio con la Abadía.

- ¿La Abadía de san Jorge?, pero si se encuentra en Simay.

-Sí, el túnel recorría por debajo el caserío, uniendo ambos edificios en un secreto que iba más allá de los nacimientos. Yo no tengo plena conciencia de que aconteció en esos tiempos, me encontraba turbada por el maligno. Infecciones, obsesiones, vejaciones, y posesiones, todo se ha vivido ahí dentro.

- ¿Cómo esta tan segura de que era el diablo, y no una paranoia colectiva?

- ¿Usted cree, realmente mi querida, que algo así lo puede crear la mente?

-No creo que lo hicieran de forma voluntaria, pero…- con voz colérica, la anciana interrumpe a Helena.

- ¡Váyase al lugar de donde nunca debió salir! ¡No regrese más a perturbarme con sus historias! Atrevida. Éramos unas niñas, ni siquiera nos dejaban compartir nuestro tormento. Nos aislaban para que la infestación no se propagara. ¿Qué sabe usted de lo que nos ha tocado vivir? Si quiere saber de su santa abuela, averigüe con quien pactó, la muy blasfema, bastante bien le fue, por lo menos dejaron que el crio viviera.

……..

Un mundo tan masculino como la incertidumbre, se abría ante Helena. No lograba atar los cabos sueltos. Los datos aportados por la repulsiva anciana no eran comprobables.

Sin pruebas materiales, se reducían a un sinfín de desvaríos seniles.

Su entendimiento se llenaba de preguntas:

¿Por qué las aislaron ante indicios de infestación diabólica?

¿Por qué dejaron morir los niños, paridos en total hermetismo?

¿Qué secreto tan lacerante guardaba el túnel?

¿Por qué tan sólo Virtudes es ajusticiada?

Movida por el ardor que le causaba el impiadoso final de su abuela, la Hermanita emprende un nuevo viaje. Esta vez, Simay fue su meta.

Sobre un peñasco amurallado, se erguía el sombrío edificio. Helena se sintió insignificante ante tanta opulencia.

Al ingresar, se encontró con un patio rectangular, hacia el cual emergían un número incalculable de ventanas, ornamentadas con vitrales de colores cálidos. Sobre el muro oeste se encontraba una puerta de doble hoja, la cual se abrió para recibirla.

-Bienvenida Hermana- dijo el hombre, mientras la guiaba con un exagerado ademan.

-Buenos días, y gracias por recibirme- contestó, algo turbada ante tan escalofriante espectáculo.

Era una mañana fría Los vitrales hundían la habitación en las sombras, el olor a cirios, flores podridas y humedad, la mirada lacerante de ese hombre, la sumergía en un espectro infernal.

-Soy el Hermano Santino, bibliotecario de la Abadía. El abad no podrá recibirla, se encuentra algo indispuesto. Espero que tenga a bien, que sea yo quien la ayude en su investigación.

-Sí, claro-dijo, mientras sus ojos se fijaban en un óleo de tamaño natural. En él, yacía eternizada una mujer, de cara angulosa, ojos rasgados, vestida de colores vivaces, y de caballera rojiza, suelta y alborotada.

-Si gusta, podemos pasar a la sala de lectura- Dijo el monje, apartando a Helena del mural.

La habitación estaba tapizada de libros, auspiciando de sócalos, unos carriles por donde se desplazaban las escaleras. Dos enormes tablas, sostenidas por caballetes y ende redor, unos

rústicos taburetes. Del techo con forma de cúpula, pendía una araña de cristal.

Los documentos oficiales, pertenecientes al alto tribunal del Impartidor de Cayusco, se encontraban dentro de un armario, bajo llave.

- ¿Cómo llegó esta documentación? Ante tanto infortunio, es extraño que se hayan detenido en salvaguardar estos papeles.

-No tengo conocimiento de eso. Deben ser importantes, tanto como para que a una ilustre dama como usted, se aventure a lugares remotos de esta provincia, en busca de ellos.

- ¡No es tan remoto! -sonríe con picardía- Nada es lo suficientemente lejano, cuando nos mueve el amor.

- ¿el amor?, no se puede tratar de un hombre, ¿acaso usted no es monja?

-Creo que mi hábito lo deja claro, ¿no? Salvo que crea que vengo de una fiesta de disfraces.

- ¿Qué amor, entonces?

-El amor a mi padre, y, el de él a su madre. Parece un trabalenguas, lo sé, pero es así.

- ¿Su padre sería…?

-Don Virgilio Isaurralde Torrente, hijo de crianza del General Libertador, Fausto Isaurralde, y la distinguida dama Angustias Torrente.

-Bien, pero a mí se me ha encomendado la misión de prestarle ayuda en el análisis de los documentos de los Juicios a las incautas de Cayusco. ¿Cuál sería la relación de amor y estas herejes?

-Una era mi abuela.

-Seria, la madre biológica de su padre, ¿no es así?

-Sí, Virtudes Torrente, la Santa que fue acusada de mantener relaciones procaces y, como prueba estaba su vástago, es decir, mi padre Virgilio.

- ¡Válgame Dios! ¡Qué historia la suya! Pensé que al niño lo habían sacrificado.

- ¿Sabe? Es curioso, no es la primera persona que me lo dice. No comprendo cual es la lógica cruel, que los llevó a pensar en esa posibilidad.

- ¿De qué lógica habla? Los registros de infestaciones, de mujeres en goce carnal con el maligno, de hijos concebidos por el príncipe de las tinieblas, dígame usted Hermana, ¿Qué lógica encuentra en todo eso?

- ¿Realmente cree en esa teoría? Hace 50 años tan sólo, 8 mujeres fueron violadas, acusadas de herejes, de poseídas, de todo cuanto limpiara el buen nombre de todos los que cometieron los verdaderos crímenes. También creo, que a los niños los sacrificaban con el único fin de que no quedara nada con que vincularlos.

- ¿Usted comprende la gravedad de sus acusaciones?

-Si, como comprendo, que mi padre no es hijo de una satánica, como comprendo muchas cosas, que, hasta hace unos días, no creía ni remotamente posibles.

- Hermana, me veo en la obligación de reportar su comportamiento a las autoridades de la Abadía. Si se le ha permitido ingresar, es porque compartimos el padre fundador, pero eso no la habilita a semejante tropelía.

-No entiendo por qué toma en lo personal, algo que nos es tan lejano en tiempo y espacio, como en pertenencia. Ni usted, ni yo, ni ninguno de los que estamos vivos, somos responsables de excesos, que cometieron nuestros ancestros religiosos y civiles, hace 50 años.

-Es una manera muy conveniente de delimitar las responsabilidades. Creo, que tanto usted, como yo, como todos los ordenados bajo el amparo de la iglesia, somos responsables.

El hombre se dirigió hacia un mueble, sacó una llave que pendía de una cuerda atada a su cuello, y se dispuso a abrirlo. De allí

extrajo unas hojas sueltas, que evidenciaban cierta violencia o apuro, al haber sido arrancadas de donde yacían en su origen.

-Vea usted- dijo Santino.

Helena se acercó al monje, que se había sentado en uno de los taburetes. Desplegó con delicadeza las ajadas hojas, y se dispuso a leer.

La Abadía había sido fundada bajo el amparo de un grupo de destacados caballeros, de los cuales no se podía rastrear la procedencia. Sus nombres se reducían a iniciales. Las explicaciones sobre el objetivo de tal institución eclesiástica, también era poco clara. Se limita a establecer, determinadas pautas de seguridad, para mantener a resguardo a ocho monjas de la Orden de la Sagrada Lluvia.

¿Las religiosas en cuestión? Las mismas que aparecían en las anotaciones del doctor Damazo.

Aun le quedaban muchas preguntas, pero Sor Helena decidió despedirse del monje y volvió sobre sus pasos.

Capítulo 3

El regocijo era evidente. En la explanada anterior, los familiares las esperaban.

Al ingresar a la Basílica de la Santa Lluvia, los sentidos se agudizaban ante tanta exaltación; las monjas consagradas se encontraban sentadas rodeando el altar, detrás, el rollizo Abad, que sería el encargado de la ceremonia.

En el atril, un laico, que hojeaba el libro de lecturas de la misa.

Vestidas con túnicas blancas, las cabelleras sueltas y tocado de madreselvas, irrumpieron, con majestuosidad y delicadeza, las hermanitas. Dispuestas a tomar los votos que las coronarían como monjas consagradas.

El ambiente era místico. La luz tenue; el aroma a gardenias, jancitos y azucenas; el canto gregoriano del coro, que se encontraba en la habitación contigua.

La madre superiora, Sor Encarnación, las nombró de a una.

-Sor Sofía- dice la mujer, y se adelantó la primera novicia.

- ¡Ecce ego Deus, answering vocationem! - Exclamó mirando hacia el cielo.

Una a una, al ser nombradas, se dirigían hacia el centro de la basílica, donde se

Encontraba Sor Encarnación, y realizaban la misma afirmación; ¡Ecce ego Deus!

answering vocationem!

La viuda Isaurralde junto a su hijo, vieron a Helena, caminar con apresto hacia su destino. Allí, se les cortó el cabello, se les colocó la toca y un cordón ceñido en la cintura.

Acto seguido, se les realizó las preguntas de rutina, a todas respondieron de igual manera: “accipio”; y luego se postraron boca abajo, frente al Abad quien yacía de espaldas a ellas.

Como telón de fondo, de tan sensible ceremonia, se escuchaba el sonido armónico del órgano de tubos, que con majestuosidad tocaba por un niño

Las hermanas se incorporan, se les coloca un anillo bendecido, como símbolo de su enlace eterno con el Altísimo, y se las proclama monjas de la Orden de la Sagrada Lluvia.

Virgilio no llegaba a comprender, parecía que el Misericordioso estaba dispuesto a quitarle todo; pero anteponiendo el enorme amor que siente por su hija, se acercó a ella y la felicitó, con fingida alegría.

Los días posteriores a la consagración, encuentran al solitario hombre, más triste que nunca. Intentaba aceptar la decisión de Helena, se culpaba por haberla llevado al convento, para ayudarla a expurgar malos pensamientos.

Virgilio no paraba de pensar en su esposa, ¿Cómo hubiese actuado Rita?, estaba convencido de que de estar viva, Helena no sería monja.

Ahora sí que estaba sólo, sin más compañía que una madre esclerótica y los retratos de las tres mujeres que le arrebato Dios.

…….

- ¡El niño tiene que saberlo! Cuanto más le vamos a ocultar la verdad. ¿Quieres que se entere en la escuela o por algún incauto?

-Se lo haremos saber cuándo llegue el momento, no comprendo ¿Cuál es el apuro?

- ¿Apuro, dices? ¡Mujer mía!, ¿qué le está pasando? Si ama tanto, como dice, a Virgilio, dígale la verdad como muestra de ello. ¿No es que usted no concibe que se ponga al amor como excusa, ante las mentiras? ¿No es usted la que proclama que no hay piedad en ellas?

-Fausto, si usted supiera la tristeza que me causa, el sólo hecho de pensar en ese momento. ¿Acaso no amamos al niño como propio? ¿Para qué declarar tan dolorosa verdad? ¡Aunque sé que mi solicitud, poco tiene que ver con mi ético pensar!

--Si usted no tiene la fortaleza necesaria, no exigiré tal diligencia, pero tenga a bien permitirme que lo haga yo. Este

pequeño nos unió como esposos, le dio sentido a un acto de desesperación, que lejos estaba del cariño o la pasión. Por la obra reparadora que realizó, sin siquiera sospecharlo, es menester que le regale la verdad. Creo que Virtudes también merece salir del anonimato.

El pequeño niño, no mostro asombro ante la confesión de su padre. Sólo se abrazó a su cuello, y con vocecita tierna, le dio las gracias. El imperturbable hombre, por primera vez en toda su vida, lloró.

Los hábitos familiares se vieron notablemente alterados. Virgilio no lograba dormir, la verdad era un peso insoportable, para su corta edad. Fue por ello por lo que, trasladaron su cama al cuarto matrimonial. Allí, junto a sus padres se sentía más seguro.

Intentaba describir su pesar, “es como que no puedo tragar, en mi estómago hay un nudo”, decía el niño a modo de explicación. La nostalgia se instaló en su mirada, sus modos se

hicieron más delicados, y encontró, en su madre Angustias, el refugio necesario.

El niño dio paso al joven, pero sin lograr que la melancolía lo abandonase.

Durante horas contemplando el retrato de la santa, interrogaba a su madre, para que le contara todo cuanto sabia o recordaba de la historia familiar. Repetía una y otra vez el nombre de sus ilustres miembros:

-Los padres de mi abuela se llamaban Ceferino Batista y Ana Colombo, ellos tuvieron dos hijas: Mustia y Prudencia. La mayor, Mustia, se casó con Bernardino Torrente y tuvieron tres hijas: Pilar, Angustias y Virtudes. Angustia se casó con el General Fausto Isaurralde, y me criaron como hijo, pero mi madre era Virtudes, la Santa Patrona de la Lluvia Bendita.

Intentaba darle sentido a la existencia de cada uno de sus antepasados, los cuales habían perecido tras el diluvio que borró a Cayusco de la fase de la tierra.

El joven dio paso al hombre, pero sin lograr que la melancolía lo abandonase.

-Mi madre murió gracias a la ignorancia de un pueblo, que la proclamó Santa siendo una recién nacida, y la ejecutó, sin más pruebas de herejía, que el darme a luz.

Su estadía en el viejo continente, le permitió analizar, con mayor detenimiento los hechos. Sin Angustias inmiscuyéndose en todo, sin su padre intentando protegerlo, sin Shani, siguiéndolo como una sombra; era más sencillo pensar.

La hija de los Azcuénaga, Rita, había nublado su entendimiento; logrando anular cualquier otro pensamiento, fuera de ella.

Morena, de ojos azabaches y tez blanca, de modos sencillos y delicada apariencia. Tenía el encanto necesario para enamorarlo.

Con edad suficiente como para considerarla casadera, el joven Virgilio se dispuso a conquistarla.

La damita, solía caminar por la rampla de los Girantes, y era allí, donde el gallardo caballero se daba cita, con el único fin de verla pasar. Sus enormes ojos almendrados, no le fueron indiferente, y la joven retribuyó sus miradas, con cómplices sonrisas.

De a poco, fueron pasando de miradas y sonrisas, a charlas interminables tomados de las manos.

Los intercambios epistolares entre Virgilio y su madre, eran semanales. Todos los domingos, como se habían prometido al despedirse en el Puerto del Simpa, se escribían interminables cartas, en las cuales relataban todo cuanto aconteció. Fue por medio de una de ellas, que le confesó que estaba enamorado.

La felicidad de los Torrente era evidente. Su único y amado hijo, pronto les presentaría a la señorita Rita Azcuénaga, su prometida y futura esposa.

El palacete se engalanó, a la espera de los novios.

Angustias mandó a pasar cal a los muros exteriores, renovó las flores del jardín, el tapizado de los sillones de la sala circular, las cortinas, reparó las descangalladas puertas, y preparó, el cuarto, que la parejita iba a compartir después de la boda.

En el país de origen de la joven, se había establecido un casamiento civil, inexistente en la Provincia del Simpa. Fue por ello por lo que se decidió: la boda civil se realizaría en el viejo continente, junto a los familiares de la novia. La boda religiosa se realizaría en la capital del Simpa, junto a la familia del novio.

Llegaron al puerto capitalino, los primeros días de Noviembre; fueron recibidos por los orgullosos padres de Virgilio y la vieja Shani.

El diluvio de nostalgia, lo volvió a invadir. A pesar de la dedicada asistencia de sus padres y del amoroso trato de Rita, el agujero en el alma crecía.

Los preparativos, del enlace religioso, eran los únicos temas. Parecía que nadie notaba el agobio en el que estaba inmerso. Mejor, pensaba, para qué preocuparlos con algo tan inexplicable.

En las mañanas, caminaba hasta el borde de las ciénagas. Miraba el infinito altiplano, en el que se había convertido el Cayusco. Aunque lo intentaba, no podía pisar esa tierra, a las cuales llamaban “bendita”.

¿Bendita?, se preguntaba; ¿por qué?

¿Cómo podían calificar así a una tierra en la cual había acontecido una sequía mortal, que diezmó hasta las ganas de respirar?

¿Bendita?,

¿Un lugar donde santificaron a una niña, por el sólo hecho de haber nacido el día en que un aguacero terminó con el calvario?

¿Bendita?

¿Cuándo se explotó, sin ningún reparo, el cuerpo santificado de una mujer?

¿Bendita?

¿Cómo puede llamársela así? ¿Acaso nadie recuerda, el calvario al que fue sometida su madre, la muerte indigna en la horca?

¿Bendita?

¿Cuándo luego de la muerte de Virtudes, un diluvio barrió con todo cuanto halló a su paso?

¿Qué es lo "bendito" que ven en ese espantoso lodazal?

Día tras días, la misma rutina, que terminaba con las mismas preguntas.

Rita, en cambio, estaba incendiada de felicidad. El soberbio palacete de los Isaurralde parecía hecho a su medida.

La armónica edificación, estaba rodeada por una terraza de mármol, que se unía, convirtiéndose en una escalinata amplia, coronada por barandas de hierro, sutilmente ornamentadas.

En medio de la escalera, la puerta principal que desembocaba en el vestíbulo, desde el cual se accedía a una sala circular, cubierta por una cúpula de vitrales. En su parte posterior, el lujoso comedor. En la anterior, la sala principal, decorada al mejor estilo Belle epoque.

Flanqueándola, dos galerías, concebidas como alas.

Hacia la derecha, estaba el ala que albergaba las habitaciones principales en suite, el vestíbulo, la biblioteca y el salón de baile.

Hacia la izquierda, estaba el ala destinada a las habitaciones de servicio y a las de quehaceres domésticos, tales como, bodega, cocina, lavandería, despensa, y caballeriza.

Los Torrente no escatimaban en gastos, a la hora del mantenimiento de su lujosa morada, convirtiéndola, en una de

la mayor fuente de ingreso de herreros, pintores, albañiles, talabarteros y todo aquel que brindara algún servicio en post de su embellecimiento.

Además, contaban con personal doméstico permanente, constituido por, dos cocineras, tres mucamas, el mayordomo, el jardinero, el chofer y Shani, que, para ese entonces, estaba próxima a los setenta años.

Para Angustias, la presencia de su nuera era una bendición. Criada en una familia compuesta, mayoritariamente por mujeres, extrañaba ese universo femenino que, tras el forzado casamiento, había perdido.

Una mueca de felicidad continúa, se había instalado en la cuarentona, que, hasta el arribo de la parejita, padecía de un rostro inanimado, incapaz de transmitir algún tipo de emoción, al punto de carecer de arrugas producto de las expresiones, dándole el aspecto de juventud perpetuo.

En la sala circular, se había instalado el altar de terciopelo dorado, sobre el cual se extendía un mantel de brocatel manteca, con estampas religiosas de color oro. Sobre el mismo, una pérgola de hierro recubierta de orquídeas purpuras. Taburetes de pana al tono, auspiciaban de bancas para los invitados.

Las hermanitas de la Orden de la Sagrada Lluvia entonaban el Ave María, al paso de la novia, que era guiada hacia el altar por Don Fausto Isaurralde.

Rita vestía con un traje de guipur rosa viejo, la cabellera recogida en un miñón que se ajustaba hacia un costado, Tocado de perlas negras engarzadas en platino, en compasé con el rosario que llevaba entre sus manos. Fausto, enfundado en su impecable traje militar, que le devolvía la prestancia de su juventud.

En el altar, esperaba un sacerdote de la misma orden que las monjitas, junto a él, un par de monaguillos con túnicas sepia; un escalón hacia abajo, la orgullosa madre del brazo de su hijo.

Angustias eligió un vestido de terciopelo negra, con mangas y sobrefalda de tul de seda con sutiles bordados en plata. A modo de tocado, una mantilla que se sujetaba al cabello por pinzas de oro blanco con brillantes, en concordancia con las piezas de joyería que engalanaban su largo cuello.

Virgilio, de rigurosa etiqueta, al igual que todos los invitados.

Ante las más ilustres personalidades de la Provincia del Simpa, los novios leyeron los votos, realizaron los juramentos y se propinaron todo tipo de promesas.

De rodillas, efectuaron el intercambio de alianzas.

El momento cumbre, fue cuando el novio corrió el velo y besó, con cierta inocencia, la nacarada mejilla de quien, ya era su esposa hasta que la muerte los separara.

……..

Solía pensarlo cada mañana, tenía la certeza de que pronto vendría por ella. Hasta que, una visita de rutina interrumpía su levitación.

- ¿Vamos con la abuela? - decía, estirando sus bracitos.

Rita no podía explicarle lo que sentía. Era por eso, que tomaba fuerzas, salía del lecho, y de la mano de su hija, iba hasta el comedor.

-Mi querida, debes guardar reposo- Le recordaba Angustias, con genuina preocupación.

- ¿Guardar reposo? ¡Imposible! ¿Cómo declinar tan amable invitación? - Respondía, con los ojos clavados en Helena, quien sonreía con goce de triunfo.

- ¿Viste abuela?, te dije, si la iba a buscar, se sentiría mejor y vendría a disfrutar de las cocadas que hizo Shani.

-Tu madre tiene que descansar, ya te lo hemos explicado.

- ¡Ya descansó toda la noche! - exclamaba la colérica niña.

Con gesto de sobrecogimiento, Helena le alcanzaba los manjares dulces, que eran la especialidad de Shani. Con esfuerzo sobrehumano, la deteriorada mujer, fingía comer, cuando apenas podía beber agua.

Sin explicación alguna, Rita había perdido el apetito, y con él, los kilos, el abundante cabello, la juventud, la alegría, las ganas de charlas, de caminatas, de vivir.

Nada se pudo hacer, nuevamente, la maldición del Cayusco caía sobre los Isaurralde Torrente.

¡Otra vez el diluvio mortal!, pensó Virgilio, pero esta vez no pudo escapar a la nostalgia. El tiempo se empecinaba en marchar tan despacio, que hacia insuperable el duelo.

-Quisiera dormirme, y despertar dentro de diez años- decía el viudo, embarcado en la terrible sensación, de que, con Rita, se había ido lo que le daba sentido de las cosas

¿Cómo explicarles, que le causaba igual tristeza, un día en sombras, que uno soleado? ¿Cómo, que se le hacía insoportable hasta la simple rutina cotidiana?

Helena creció, recordando, imaginando, soñando. Lo intentaba todo, necesitaba escapar de la noche eterna que había caído sobre el palacete.

La vieja Shani, era la única que notaba su presencia, y de su mano, recorrió la infancia.

Aprendió a leer el cielo, el viento y la tierra. A cantar con el corazón, a cerrar los ojos sin temor a la oscuridad, a conocer el poder de las hiervas, a distinguir los hongos comestibles de los venenosos, a narrar historias remotas del Imperio del Fin del Mundo, a recitar versos sagrados, a utilizar el telar, a pintar sobre cacharros, a cocinar manjares desconocidos en el Simpa, a untar su piel con aceites, a peinar su alborotada cabellera, y a amar sus ojos rasgados, sus largas piernas, su piel dorada.

A modo de secreto, le contó la historia de su pueblo, de una invasión, del camino por el desierto, de un general, de una niña rebelde, de dos hermanas que cambiaron sus destinos, de una santa, de un niño, y de la última descendiente del pueblo Kenwetharu.

……

La mística jovencita, pasaba las horas mirando el cielo, intentando descifrar sus mensajes.

Estaba convencida que Cayu intentaba decirle algo, pero ¿qué?

Shani le había hecho una advertencia:

-No dejes que las señales pasen desapercibidas, permanece atenta. Camine por desiertos, selva, lodazales, sostenida por la esperanza, de que, algún día, volvería a brillar el sol. Está en tus manos que eso suceda. Trae luz donde hay oscuridad, verdad donde gobierna la mentira, paz donde habita la guerra y reinstaura el orden del amor, donde reina el caos del mal.

Los mundos se mezclaban, causando confusión e incertidumbre.

¿En quién creer? ¿En que Dios? ¿En qué historia familiar? ¿En qué designio?

Helena se paralizaba ante tanto desasosiego.

Virgilio enfatizó en ciertos aspectos de la historia familiar. Pero el orden de los hechos, la descripción de los personajes, el entramado discursivo, todo respondía a una lógica irrefutable.

Shani, en cambio, entrelazaba los hechos de manera mágica, viendo lo sucedido como consecuencia de bendiciones o castigos divinos.

Para educarla en los principios enciclopedistas del momento, y hacer de ella toda una dama ilustre; la joven Isaurralde, debió alternar las caminatas ilustrativas de Shani, las charlas solemnes de Virgilio, las clases de labor de la abuela Angustias, con las lecciones impartidas por el Profesor Bayasti

Gregorio Bayasti, era, lo que se puede decir, un erudito. Con el aplomo que le daba el saber, manejaba con grandilocuencia el arte de la retórica, convirtiendo en un entonado discurso, hasta el simple hecho de saludar.

Helena, sentía una atracción que sobrepasaba la admiración. La cual se justificaba, en el metro noventa del gallardo caballero. De pelo chuso, cortado con cierta desprolijidad, barba de días, ojos azules de un mirar penetrante, rasgos pronunciados y voz profundamente masculina.

Las clases se dictaban en la biblioteca familiar, situada en el ala derecha del Palacete. Lugar que sirvió de refugio a Virgilio durante su infancia.

Helena veía los colores más intensos, los sabores más delimitados, los sentimientos más pronunciados y su cuerpo, envuelto en un alboroto que, le resultaba excitante, pero a la vez, perturbador. Pues la noble niña se había criado en la libertad del sentir que Shani proclamaba, y la culposa represión

que su padre imponía. ¿A cuál de las dos Helenas dejaba aflorar? ¿La que vivía en armonía con el mundo y seguía el sabio designio de su cuerpo? ¿O a la que anteponía la moral impuesta por hombres a cualquier deseo?

Jamás pudo responder a tales interrogantes. Su cambio de hábitos y actitud despertó la sospecha de su celoso padre, que no estaba dispuesto a perderla.

Sin consultarlo con ella, ni con sus abuelos, mucho menos con Shani, decidió enviarla al convento, en donde, según su parecer, enderezaría a la libidinosa damisela.

A Shani la invadió el mismo dolor, que había sentido, hacia 35 años, la mañana que confinaron al convento a Pilar. Pensó en que la historia se repetiría sin descanso, como intentando romper con el hechizo, clamó a Cayu, pero la Diosa no intervino en favor de Helena.

Angustias y Fausto, intentaron hacer recapacitar a su hijo, que actuaba con total sinrazón, sobrecogido por el odio más primitivo, lacerante y dañino, que jamás antes lo hubo poseído.

Sin preámbulos, sin excusas, sin explicaciones, cedió la crianza de su hija de 13 años a la Orden de la Santa Lluvia, incapaz de notar la cruel coincidencia: Virtudes, su madre, había sido confinada a un claustro a la misma edad.

Ante la advertencia de Shani, Angustias temió el peor final.

Las mujeres, se abrazaron, unidas por el amor hacia Helena y el pavor, de saberla condenada a repetir, el trágico destino familiar.

Capítulo 4

La reunión se volvió tan tensa, que sor Helena prefirió callar.

- ¿Cuántas faltas tendré que perdonar? Acaso, ¿usted no entiende la gravedad que reviste?

Helena, con la audacia de un depredador, pudo soltar la cuerda que le estaba poniendo al cuello la Hermana Superiora, a través de sus acusaciones.

-Madre, usted sabe mi temperamento. Suelo inmiscuirme donde no se me llama, pero sin maldad. Actué de manera irresponsable, lo sé, y merezco la celda de aislamiento.

- ¿También me va a decir a mí, La suprema Madre de esta Orden, como debo actuar? ¡No!, usted no será castigada de manera tan liviana, después de ofender al Abad con su impertinencia. Agradezca que el hermano Santino no hiciera efectiva, o por lo menos no con la urgencia que ameritaba, la denuncia en su contra.

-Madre, yo…

- ¡Usted se calla!, ¡atrevida!, ¿con que potestad, usted, una simple monja, va a exhortar a toda una comunidad religiosa?

-Madre, yo sólo…

- ¡Usted se calla! ¡Imberbe! A verse visto, cosa semejante. Quiero creer que hay un error en todo esto, pero sus gestos arrogantes, su mirada desafiante, su altanería… ¡Por favor! La dejan expuesta.

-Madre, no me interrumpa, por favor. Puedo explicar lo acontecido. Sólo deme la oportunidad.

- ¿Otra?, es decir, está solicitando una nueva oportunidad, ¿Qué le hace pensar que le concederé tal licencia?

-Su nobleza, su entendimiento, su enorme ser, es el que me confiere la confianza suficiente, como para rogarle que tenga a bien escuchar mis razones.

- ¡Hable Hermana! Pero medite lo que saldrá de su boca, de eso depende las medidas que tomaré.

-Sé que me debo al Señor, pero fue la angustiante situación familiar, la que me arrojó a tal infortunio. Piense usted, que estaba cargada de pesares. Mi abuelita abstraída de la realidad, mi padre con esa nostalgia lacerante, la pobre Shani, haciéndose cargo de todo.

- Puede explicarme, ¿Qué tiene que ver todo eso, con su bochornoso proceder en la abadía?

-Fue mi padre el que me incitó. Necesitaba darle paz a su atormentada alma.

- ¿y?

-Y bueno, fue por ese motivo que decidí averiguar todo lo pertinente a la ejecución de la Santa.

- ¿Usted cree que esa simple explicación, basta?

-Sé que no. Pero, ¿cómo debía obrar? ¿Dejar que mi padre muriera en la incertidumbre? ¿Abandonarlo a su suerte en el oscuro mundo de la nostalgia?, Créame, que no fue fácil tomar tal decisión.

- ¿Qué fue, con exactitud lo que averiguo?

-Bueno, vera usted. Resultó ser que no sólo la Santita había sido poseída, se documentaron ocho casos en total, de los cuales dos, terminaron de igual manera que el de mi abuela Virtudes.

- ¿Es decir?

-En el alumbramiento de un niño.

-Dejemos a un lado todo esto. Espero no tener que volver a repetirle cuáles son sus deberes para con el Altísimo y la Orden que obra en su nombre. Se le permitirá asistir al funeral de su ¿tía dijo? Shani, pero debe denunciar todos los días, su presencia ante el Padre Pietro.

-Lo hare, y juro no volver a defraudarla.

Helena sabía que no iba a poder cumplir con todo lo prometido delante de la Madre Superiora.

Sor Encarnación, sabia, que la joven monja estaba dispuesta a sacar la verdad a la luz, por lo cual era imposible que cumpliese con lo pactado.

Partió a primera hora de la mañana, camino sin descanso, hasta divisar el pequeño caserío que había crecido a la vera de la estación del ferrocarril.

Con su humilde habito, cubriendo sus hombros con una mañanita y, tan sólo en su haber, su diario, los cuadernos del Doctor Damazo y las hojas sueltas de la abadía; Helena surcó la Provincia del Simpa, dispuesta a devolverle el sol a Shani.

……

La pequeña habitación, mantenía bajo resguardo el universo compartido.

¿Dónde estás? Se preguntó Helena, ¿Cómo pudiste irte sin previo aviso?

Shani le había provisto sentido a su existencia. Y ella, estaba dispuesta a hacer lo que fuese, por darle sentido a su larga caminata.

Pensó, ¿Cómo pudo abandonarme?

Y el silencio habló:

- ¡Vive en ti!, ¡El universo sagrado está dentro tuyo!

De inmediato, sin lograr explicarse el por qué, se incorporó y se dirigió hacia un pequeño baúl.

Al abrirlo, se encontró con algunas fotos, una esclava de plata y notas. Escrita por la tosca mano de Shani, una nómina de nombres, debajo de un dibujo, que le era familiar.

Tomándolo entre sus manos, salió con prisa, como empujada por una fuerza ancestral, que presentía, pero no lograba comprender.

Viéndose perdida, compartió el gran secreto con Angustias, sabía que ella no podría recordar nada, pero era de gran alivio contar con una cara amigable y un par de oídos donde descargar su incertidumbre.

La esclerótica mujer, pronuncio palabras tan mágicas como las de Shani, parecía poseída por el ánima de la difunta:

-Helena, mi amor. Tienes el poder para reestablecer el orden, que el Imperio del mal ha profanado. No dejes pasar las señales, déjate guiar por tus instintos: en ellos está la respuesta

Tras las palabras vertidas por la anciana, le fue imposible conciliar el sueño. Fue así como se dispuso a reorganizar las ideas.

La nómina de nombres contenía los mismos que ya había leído en los cuadernos del Doctor y en los registros del Alto tribunal del Impartidor.

Pero el dibujo impreso en la hoja era idéntico al sello del Abad.

¿Cómo llegó a Shani esa hoja? ¿Quién dictó los nombres que ella escribió con esmero? Y otra imagen, relampagueó en su cabeza: La mujer del cuadro se parecía mucho a Shani, y la ropa que vestía seguía el mismo patrón geométrico que la que le había enseñado a realizar en el telar ¿Y la esclava de plata? Era idéntica a la que atesoraba en el reliquiario.

Convencida de que el Hermano Santino la había guiado hasta allí, volvió a visitarle.

Pero esta vez, estaba dispuesta a no ser imprudente y a exponer sus dudas con un tono menos inquisidor.

Sin cita, sin anunciar y con todo cuanto poseía sobre el caso, irrumpió en la biblioteca:

- ¿Qué hace aquí hermana?

-Vine a denunciar mi presencia ante el Padrecito Pietro

- ¿Pietro Perezzoni?

-Sí, el mismo.

-Pero es el Párroco de la Capilla que mando a construir su padre, en memoria de su madre, ¿no lo recuerda?

- ¡Ampáreme el Santísimo!, ¡Qué cabeza la mía!

-Sor Helena, quiero disculparme por haber denunciado su conducta. Pero mi accionar está totalmente justificado.

-Seguramente. Además, soy yo quien debe pedir disculpas, no sólo a usted, sino también al Abad. Me sobre limité, suelo caer en esos excesos, aún no he podido domar algunos hábitos terrenales, absolutamente reprochables.

- ¡Usted sí que es cómica!, escuche mujer, esperamos por su llegaba desde hace sobrado tiempo, pero necesitábamos estar seguros.

- ¿Seguros de qué? ¡No me asuste Padrecito!

- Seguros de su identidad.

Ante el asombro de Helena, y el regocijo de Santino, la puerta se abrió, dejando pasar al Señor Abad, Supremo Padre de la

Orden de la Sagrada Lluvia, Don Pascual Sorrento, o, mejor dicho, Lenwe Tharu.

La joven se tendió en el suelo de un salto, quedando postrada ante él.

-Levántate Mujer, tómalo como una orden- dijo el Abad, mientras sonreía con trémula dulzura.

- ¡Señor mío, es pertinente que sepa disculparme!

- ¿Cuánto más hay que pedirle que lea las señales del cielo? ¿Cuánto más, mí querida, cuánto?

- ¡Válgame Dios! ¿Estoy soñando? ¿De qué señales me habla?

Capítulo 5

El conclave se extendió más de lo previsto, parece que el mal de la incertidumbre los sigue gobernando.

Ella los observa, sabiéndose temida, aunque más de una vez se preguntó; ¿qué es lo que ven en mío, que les causa pavor? ¿Qué es, lo que me ha abierto caminos en nombre de la verdad, mientras ellos me dejan pasar, con terror a ser descubiertos?,

Sabiéndose heredera del poder ancestral, sabiéndose pieza clave de la verdad mejor guardaba, la Cardenal Torrente, los interroga:

- ¿Pueden exponer sus temores? Digo, sus actitudes los delatan.

Los hombres se mirar con evidente complicidad, con la intención de dejarla expuesta al ridículo, y sonríen.

- ¡No entiendo de guineos de camaradería!, pues desde que he exigido igualdad de posibilidades para las mujeres, ustedes me

han hecho saber que no era bienvenida. ¿No creyeron que una religiosa pudiese lograr una carrera dentro de la iglesia? Pues, miradme, aquí estoy, soy su igual.

- ¡Bienvenida!, ¿está conforme mi querida?

- ¡No soy su querida!, se ha equivocado. Soy su igual, y merezco ser respetada. ¿O acaso creen que no he notado el vacío al que se me exilia?

-Usted es demasiado sensible para un puesto de tanta exigencia, eso la hace caer en la histeria, propia de su género; y crea falsos enemigos, viendo intrigas donde no las hay.

- ¡Histérica, eso nada más me faltaba! ¡Ahora podrían culparme de hereje, y luego mandarme a la hoguera, o… no, no, mejor a la horca, como a mi Santa abuela!

- ¿Santa?, ¡por favor, bien sabe usted que fue su conducta lasciva la que la llevo hacia el patíbulo!

- ¡Usted sabe la verdad, al igual que todos los demás!

-La verdad fue escrita hace cincuenta años.

-La verdad fue sepultada hace cincuenta años. Gracias a la Orden de Santa lluvia, se mantuvo a salvo, para sacarla a la luz en el final del Imperio del Mal.

- ¡Cállese, hereje!

- ¿Hereje? ¡Soy la última Kenwe, desciendo de Linwe, la "Elegida", ¡del Imperio del Fin del Mundo!

El silencio se apodero de la sala, quedando tan solo, un tenue olor a muerte.

……

Caminaron sin descanso, guardando para sí el dolor.

Las huellas escarlatas, eran la señal.

Los Kenway, las escoltaban con sigiloso cuidado, no debían ser descubiertos. Ellos eran los guardianes de los escritos, tesoros y portadores de la esclava de plata, que Linwe enterró bajo el salitral al saberse pérdida.

Ellos, debían seguir a las kenwes, registrar con el más absoluto esmero, cada movimiento: muertes, nacimientos, calvarios, palabras, humillaciones y destinos. Fueron años tras el Ejercito del Simpa, el cual había obligado a peregrinar a las honorables mujeres del Imperio del Fin del Mundo, por el desierto de la muerte.

Las niñas fueron vendidas a circos o zoológicos, las jóvenes a lupanares, las fuertes como esclavas, las viejas murieron en el camino. Las líderes guerrilleras, violadas, torturadas y, por último, fusiladas.

Los kenwes, hombres de sensibilidad extrema, adoradores de Cayu, hijo varones del universo femenino, se instalaron bajo la forma de una orden religiosa.

Creyeron que sería la única manera de salvar a sus pobladoras, su legado material, y su patrimonio cultural

Fue así, que, amparados en los cofres abarrotados de oro, plata y piedras preciosas, consiguieron la autorización del clero. Se les dio la licencia para fundar el convento y la abadía.

Ellos, con sus propias manos, levantaron las fortificaciones, guardando dentro de aquellos pesadillos, túneles, falsas paredes, los secretos de la remota cultura Kenwetharu,

De muy cerca, siguieron las subastas de sus hermanas, comprando a todas aquellas que pudieron. Siendo ellas las primeras monjas de la Orden. Las cuales se vieron mezcladas con las señoritas de la alta sociedad del Cayusco que deseaban coronarse como monjas.

Con el correr del tiempo, muy pocos sabían el origen de la Orden de la Sagrada Lluvia, salvó las últimas ocho descendientes kenwes y los abades, protectores de la orden y encargados de la refundación del Imperio.

Los documentos de la Abadía de la Sagrada Lluvia narraban la siguiente historia:

"…Las kenwes Vivian en una comunidad, integrada en su totalidad, por mujeres. Descendían de la legendaria Sipay, hija de Simay que huyó al designio de Cayu.

Crearon entonces, en un remoto lugar, el Imperio del Fin del Mundo.

Pero vino el hombre, movido por la codicia, a ejercer sobre ellas su brutalidad, obligándolas a luchar, luego a peregrinar y morir.

Creyéndolas extintas, el hombre gobernó gozoso, regocijándose en su impúdico egoísmo.

Pero la noble Shami, camino sin descanso, atravesando desiertos, selvas, lodazales. Sostenía entre sus brazos, a la hija de Wani y el General Bernardino Torrente.

El incauto, obligó a su esposa a criarla como propia, y calló, para nunca más hablar del tema.

Pero Pilar Torrente, se rebeló ante el mundo que le quisieron imponer y, aunque desconociendo el motivo, mostró el brío de una guerrera.

De su vientre nació Virtudes, al unísono son la esperada lluvia. Ante un pueblo confundido, sus padres presentaron como propia a la bastarda hija de Pilar, confinando, a esta última, a un convento.

Virtudes fue cuidada por mama Chela y Fontan, una pareja de ancianos, que le confesaron a la niña su origen y destino.

La Orden de la abadía, era la encargada de resguardar la seguridad de las descendientes de las últimas Kenwes que habían sobrevivido a la caminata de la muerte.

Ellos, eran los hijos varones nacidos de los vientres de las nobles mujeres del Imperio, habitantes de la región más austral, a la cual jamás llegó el mal. Al ver peregrinar a sus hermanas, decidieron ir hacia el Cayusco y vengar sus muertes. La mejor manera sería, invadiendo a través de la fe.

Durante veinte años adoraron a una kenwe como santa; pero ante el desafortunado parto público, se puso en riesgo todo lo logrado.

La orden de la Sagrada Lluvia se vio intervenida por altos funcionarios eclesiástica del viejo continente. Las monjas fueron expuestas a las más terribles torturas, todas mostraban igual estado de perturbación y hermetismo.

Los cuerpos mutilados, eran expuestos en la plaza de los Avalastros, con la única finalidad de sumirlas en la más terrible humillación.

Pero al igual que sus ancestros, las nobles monjas callaron, intentando proteger lo que quedaba de su universo femenino.

Fue así, como escondieron a los niños en el túnel que unía los dos edificios; con la esperanza de que los kenwes no los dejasen morir.

A La Santa se la encerró en una celda de castigo, a la cual no tenía nadie acceso. Salvo, Sor Pilar, quien la persuadió de que hiciera un trato, su vida a cambio de la de su hijo.

A cincuenta años del horrendo final de las kenwes, su última descendiente, restablecerá el orden del amor…”

Capítulo 6

-No temas, hija querida- Dijo la monja- surqué las tierras más inhóspitas, padecí tantos males como hubo existido, desobedecí las ordenes impuestas por el invasor, dejándome expuesta a la decidía y el escarnio familiar. Fui criada por Shani, al amparo de Cayu, soy hija de Bernardino Torrente y su amante kenwe, Wani, la cual abrió su vientre con una piedra de oxidiana, para arrancarme de dentro de ella.

Luego viene un largo peregrinar hasta llegar, en brazos de Shani, hasta la casona familiar.

Mustia, mi querida madre, me cuidó, amó e intentó domar mi brío, cual nacida de sus entrañas. Pero al enamorarme del General Isaurralde, vino a tambalear en mí las certezas.

-Sor Pilar, calle, por favor. No quiero saber nada de su lujurioso pasado, al cual ha redimido con entrega y obediencia.

-Escúchame Virtudes, por el amor que nos une al Santísimo. Me casé con el General, pero al notar que no era virgen, decidió

hacer pública mi vergüenza. Mi padre, don Bernardino, calló al sanguíneo Fausto, tramitando la disolución de la unión que tenía conmigo y dándole a mi pequeña hermana en matrimonio. Sé que Angustias jamás me ha de perdonar, era tan sólo una niña.

- ¡Grande sea el Misericordioso! ¡Qué perdone nuestros horribles pecados!

-Escúcheme mi querida, tras mis encuentros carnales, tuve una hija el mismo día que cayó la lluvia sagrada. Esa hija fue criada por mis padres, como hija legitima, mientras que, a mí, se me confinó a este sagrado convento.

- ¿De qué habla hermana? ¿Usted ha enloquecido?

-Virtudes, soy tu madre. Soy descendiente de Wani, por mis venas corre la sangre sagrada del Imperio del Fin del mundo. ¡Hija querida! Ha llegado el día en que vuestro cuerpo, al igual que el de las siete hermanas que contigo se han criado, sea entregado a Cayu.

- ¿De qué habla mujer incauta? ¡No sabe acaso que soy Virtudes Torrente, Santa Patrona de la Lluvia Bendita!

-Sé que no será fácil comprender, ni recordar todo lo que se te ha transmitido a través de los enviados. Pero tengo sobradas pruebas que eliminaran de ti el desconcierto. Sólo quedan ocho kenwes en edad de procrear, de eso depende que se instaure el universo del amor. Si yacen bajo el yugo opresor, con ustedes se termina la esperanza de salvación.

A partir de esa noche, las monjas cruzaban la ciudad, por el túnel. Al llegar a la abadía, realizaban los rituales milenarios, trasmitidos de generación en generación, y mantenidos a resguardo por los kenwes.

La Maketshu, despojó a las monjas de sus ropajes, las untó con aceite y polvo de oro, dándoles la bienvenido al naciente mundo de Cayo.

Las jóvenes cayeron en un sueño profunde, perdiendo dominio de su ser.

Los kenwes, se unieron a los cuerpos desnudos, encendiéndolas, a medida que iban recobrando la razón. Sin temores, ni pesadumbre alguna, en total comunión y ternura, se enmarañaron, saciándose con caricias, vistiéndose de abrazos, devorándose en una llama tan colosal como el amor que los unió para siempre.

La segunda noche, Sor Pilar les dio de beber té de amapolas y tilo. Las jóvenes se encontraban perturbadas, llenas de culpa. ¿Cómo convivir en dos universos tan diferentes? ¿En uno el cuerpo es sabio, mientras que en el otro es el causante de todos los pecados?

Las kenwes se descubrieron, sacaron la mujer poderosa que las habitaba, soberanas de cada centímetro de su piel, sabiéndose libres, dignas y gozosas.

Amaron con delicadeza a sus hombres, embriagadas de sus fluidos, bebiéndose uno al otro, ahogando la razón en el vaivén de los cuerpos que se unían y desunían, que se ataban y

desataban, que se aliviaban, hasta por fin, un tibio torrente, daba por concluida la mágica experiencia, que, tras unos minutos, volvía a repetirse.

Fue así, como el Imperio del Fin del Mundo, comenzó a resurgir, dentro de los claustros que se comunicaban por un túnel. Hasta que la Santa, parió en plena procesión, dando sobrados motivos para que se intervenga la Orden, y con ello, se expusiera parte de la verdad.

Las nobles mujeres, al igual que sus ancestros las kenwes, fueron sometidas a toda clase de torturas, humillaciones y mutilaciones, también, al igual que aquellas guerreras que obligaron a caminar por el desierto de la muerte, éstas entregaron sus frágiles cuerpos, guardando para sí el secreto que los unía.

Se las juzgo, hallándolas culpables de todo tipo de herejía. Confundieron el amor, con la lujuria, los rituales a Cayu con

adoración al diablo, las marcas sagradas que la Maketshu infringió en sus cuerpos, como estigmas del maléfico.

Las que no pudieron soportar las torturas, confesaron. Creyendo que deliraban, las recluyeron en celdas de aislamiento por considerarlas locas.

El Tribunal del Impartidor, dispuso que cinco fueran ejecutadas, por mostrar signos de lascivia y contacto carnal: Paula y Eleonor, estaban embarazadas. Cecilia y Ana, con signos de haber parido hacia muy pocos días, aunque nunca encontraron a los vástagos. Virtudes, que parió en plena procesión, fue la única que se ejecutó de manera pública.

Las tres que confesaron, Piedad, María y Lourdes, fueron destinadas a la soledad perpetua, aisladas entre sí, del mundo y confinadas a diferentes conventos.

Las edades de las reas iban de los 16 a los 20 años.

Del acuerdo de Virtudes, tan sólo se sabe que cambió su silencio por la vida de su hijo y, que cincuenta años después, su

nieta, la única descendiente de los Torrente, la última Kenwe, fue consagrada como la Primer Papisa, Magdalena I. Instaurando el viejo orden femenino, que había sido diezmado por la codicia y el odio.

Fin.